



INSTITUTO CARO Y CUERVO

BOGOTÁ — COLOMBIA

APARTADO AÉREO 20002

NOTICIAS CULTURALES

NÚMERO 153

1º DE OCTUBRE DE 1973



G U I L L E R M O V A L E N C I A

Fotografía Perrasse, Bogotá, hacia 1929.

EL CENTENARIO DE GUILLERMO VALENCIA

El 20 de octubre del presente año se cumple el primer centenario del nacimiento de Guillermo Valencia.

Para celebrar este acontecimiento, el Instituto Caro y Cuervo se complace en dedicar esta entrega de Noticias Culturales como justo homenaje a la memoria de tan eminente colombiano, digno exponente de su estirpe y gloria de las letras en nuestro país.

Con anterioridad, como anticipo de esta conmemoración, en el número 150 de este mismo boletín, en la sección denominada La autobiografía en la literatura colombiana, se reprodujo el interesante reportaje concedido por el poeta payanés, en 1941, al escritor Luis Enrique Osorio.

Próxima la fecha de esta recordación, el Instituto Caro y Cuervo se asocia, en acto de admiración y reconocimiento, al concierto de los homenajes que Colombia tributa en honor de uno de sus más preclaros hijos, quien a lo largo de su fecunda existencia sobresalió con verdaderos destellos de grandeza y se distinguió como un sustantivo valor en diversos campos de la actividad intelectual. Realmente, el nombre de Guillermo Valencia, por muchos títulos ilustre, está ligado de modo indisoluble al mejor patrimonio de nuestra cultura y de nuestra nacionalidad.

En estas páginas aparecen, en primer lugar, una Cronología y una Bibliografía que consideramos de especial utilidad para el estudio de la vida y la obra de Guillermo Valencia. También ofrecemos un ensayo titulado La creación poética en "Catay" del Dr. Gerardo Valencia, sobrino del Maestro y colaborador de este Instituto; y una contribución del investigador D. Jorge Páramo Pomareda sobre Guillermo Valencia y la antigüedad clásica.

Ilustran estas páginas varios facsímiles de manuscritos de Guillermo Valencia y un considerable número de fotografías en que aparece el Maestro en diferentes etapas y actuaciones de su vida. Se reproduce, asimismo, el texto completo del original mecanográfico de Mater Christi, uno de los últimos poemas de su estro, con anotaciones marginales de su puño y letra.

Además se incluye un mosaico de conceptos de autores colombianos sobre Valencia y una selección de composiciones en verso de poetas colombianos dedicadas al poeta de Ritos. Por otra parte, se transcribe el reportaje de Camilo Cruz Santos titulado La influencia del medio ambiente en la carrera literaria de Guillermo Valencia. Por último, en la sección permanente sobre El Libro Colombia-

no, aparecen comentarios acerca de libros relacionados con Valencia, de reciente publicación; y para la sección permanente de La autobiografía en la literatura colombiana se ha escogido una página de Cornelio Hispano, quien evoca a Valencia, varón estético.

Para mejor contribuir a la recordación del nacimiento de nuestro altísimo poeta y elocuente orador, el Instituto Caro y Cuervo, dentro de la colección Biblioteca Colombiana, ha recogido los discursos pronunciados por Guillermo Valencia desde su más temprana edad hasta los días que precedieron a su tránsito final. En esta obra, de vital y subyugante contenido, habremos de reencontrarnos con el hombre que, signado por el poder inmenso de la elocuencia, hizo gala, en múltiples oportunidades y sobre los más variados temas, de la fina expresión de la palabra. Conocida la obra poética del Maestro, era menester compilar en la forma más completa posible la rica gama de sus piezas oratorias. En esta misma página podemos apreciar la portada del tomo primero de los Discursos que acaba de salir a la luz con motivo de tan singular acontecimiento.

INSTITUTO CARO Y CUERVO

BIBLIOTECA COLOMBIANA

VII

GUILLERMO VALENCIA

DISCURSOS

TOMO I



BOGOTÁ 1973

CRONOLOGIA DE GUILLERMO VALENCIA

1873. El 20 de octubre nace en Popayán Guillermo Valencia Castillo. Fueron sus padres el Dr. Joaquín Valencia Quijano y doña Adelaida Castillo y Caicedo. Tres días después es bautizado en la iglesia parroquial de San José con el nombre de Guillermo de Jesús por el Pbro. José María Sarmiento.
1885. Para hacer sus estudios de bachillerato, ingresa al Seminario Conciliar de Popayán, regentado por los padres lazaristas, luego de haber cursado la escuela primaria en el Colegio de su madre y, posteriormente, en el de doña Feliciano Lemus, en el colegio mixto de D. Rafael Zerda y su esposa, por pocos días, y en la escuela pública de D. Manuel María Luna.
1888. Por encargo del rector y a nombre de sus condiscípulos pronuncia su primer discurso en el Seminario durante el acto de la distribución de premios al final del curso. “Entonces se bifurcó mi espíritu y se afirmó mi vocación. Estudié lo que me gustaba: historia, retórica, latín, griego, francés, y abandoné lo demás”.
1891. Escribe sus primeros versos, dedicados a San Juan Bautista, con ocasión de un concurso poético abierto por el P. Juan B. Malezieux, humanista francés y profesor de retórica y poética en el Seminario: “... por su influjo y diligencia en doctrinarnos somos deudores de nuestra vocación literaria, orientada desde la infancia, por ese mentor admirable...”.
1892. Hace su segunda aparición en público. En representación de los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad del Cauca, en Popayán, pronuncia el discurso durante el solemne acto de la distribución de premios, sobre el tema: *La Iglesia Católica en la Edad Media*. Impulsado por el general Carlos Albán, pronuncia su primer discurso político, en una esquina de la plaza principal de Popayán, para contestar los violentos cargos de los oradores liberales Teófilo Nabor Sarria y Manuel Varona contra el partido conservador. En el mismo año, siendo todavía universitario, ocupa la secretaría de la Prefectura de Popayán. El 2 de febrero le dedica unos versos a su amigo el Dr. Juan N. Wallis con motivo de su onomástico. Es nombrado secretario del partido conservador.
1893. Obtiene la medalla de oro como premio a su *Biografía de don Joaquín Mosquera*, en el concurso abierto por el gobierno del Cauca para celebrar el 20 de julio.
Por esos años, hizo estudios completos de derecho en la Facultad de Derecho de la Universidad del Cauca, sin llegar a graduarse.
1894. Desempeña un cargo en el ramo de minas en la Secretaría de Hacienda del Cauca.
1895. Es elegido diputado a la Asamblea del viejo Cauca por la provincia de Palmira. Viaja por primera vez a Bogotá, como secretario privado del general Rafael Reyes, por aquel tiempo Ministro de Gobierno durante la presidencia de D. Miguel Antonio Caro. “De ese medio uniforme, religioso y estricto [de Popayán], fui trasplantado al Bogotá de 1895”.

1896. En Bogotá, con Guillermo R. Calderón funda *El Siglo*, bisemanario de carácter político y literario y allí comienza a publicar sus primeros versos. "Fui elegido yo primero y segundo suplente de los representantes principales por los círculos electorales de Facatativá, en el departamento de Cundinamarca, y de Puracé, en el del Cauca, respectivamente". Concorre a la Cámara de Representantes como suplente del general Joaquín M. Córdoba, quien se excusó de asistir. Se le impugna la credencial por no tener la edad requerida por la ley, pero a la postre le fue habilitada, gracias al poder de su elocuencia y argumentación. Fue su impugnador en el debate el general Rafael Uribe Uribe.
1897. Con ocasión del primer aniversario de la muerte de José Asunción Silva lee ante su tumba la oda *Leyendo a Silva*. Escribe un artículo sobre Maceo y pronuncia varios discursos a favor de la independencia de Cuba.
1898. Acude a la Cámara de Representantes e interviene en el debate sobre límites con Venezuela.
1899. El 24 de abril, durante un concierto efectuado en el Teatro de Colón de Bogotá, recita el poema *Anarkos*. Nombrado por el presidente Manuel Antonio Sanclemente, viaja a Europa como primer secretario de la Legación de Colombia en Francia, Suiza y Alemania, desempeñada por el general Rafael Reyes. A fines de este año aparece *Ritos*, su primer libro de versos. Juan Manuel Abello "me pidió el permiso para agrupar mis poemas y traducciones en un libro de corte fino y largo como entonces se usaba, y fue la casa de don José María Samper Matiz, de Bogotá, la que hizo la edición, dirigida entonces por mi compañero de dirección en *El Siglo*, don Guillermo R. Calderón".
1900. En el café Kalisaya de París, acompañado por Evaristo Rivas Groot, conoce a Oscar Wilde. "Vestía Wilde un terno gris plumizo, de corte esmerado y nada llamativo: pareciome satisfecho escuchando las paradojas de Lajeunesse, crítico vivaz y penetrante...". Valencia le dedica *Ritos* y Wilde le corresponde con *Salomé*. Conoce, asimismo, a los poetas Amado Nervo y Rubén Darío y al escritor Enrique Gómez Carrillo. En Alemania tiene la oportunidad de conocer a Federico Nietzsche, una de sus mayores admiraciones intelectuales, quien por aquella época estaba recluso en un sanatorio para dementes. En Weimar visita la casa de Goethe.
1901. Regresa a Colombia en plena guerra civil. El presidente José Manuel Marroquín lo designa como jefe de la sección tercera de crédito público (Ministerio del Tesoro), puesto que desempeña por espacio de tres meses. Durante un mes actúa como Secretario de Instrucción de Cundinamarca y luego pasa a la Secretaría de Gobierno; por algunos días fue gobernador encargado. Posteriormente viaja a Popayán como Jefe Civil y Militar del viejo departamento del Cauca, cargo que desempeña por pocos meses. Forma parte de la *Gruta Simbólica* y de la *Sociedad Gutiérrez González*, cenáculos literarios que funcionaron a comienzos del siglo en Bogotá.
1902. El 12 de marzo, la Sociedad Jurídico-Literaria de Quito lo nombra socio honorario y colaborador.
1903. Nuevamente es elegido representante al Congreso: "... ocupé puesto en la Cámara de Representantes por voluntad de nariñenses y caldenses...". Apoya "franca y ardorosamente" el tratado Herrán-Hay y defiende al

- presidente José Manuel Marroquín. "Mas al ver cuán pocos de sus amigos tomaban en aquella hora la causa de su nombre, hice por él lo que otros pudieran haber hecho, y que no lo hicieron. Peleé su causa como mejor pude" (según sus propias palabras, en el discurso pronunciado en el Senado de la República el 18 de agosto de 1925). El presidente Marroquín lo nombra Ministro de Instrucción Pública, cargo que no acepta. El 15 de julio es designado miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia.
1904. Concorre al Congreso y está presente en el acto de posesión del general Rafael Reyes como Presidente de la República. Reyes le ofrece la dirección de *El Correo Nacional*, la visitaduría de consulados en Europa, los ministerios de Finanzas y Correos y Telégrafos, distinciones que rehúsa. Acepta, en cambio, el cargo de Colector de Armas en el antiguo Cauca.
1905. El presidente Reyes lo designa gobernador del Cauca, cargo que desempeña por pocos meses.
1906. Compone y recita en su tierra nativa el *Canto a Popayán*. Concorre a la Tercera Conferencia Panamericana de Río de Janeiro, con el general Rafael Uribe Uribe y con D. Santiago Pérez Triana, y allí conoce a los poetas Olavo Bilac y Machado de Asís. El 15 de marzo es elegido miembro correspondiente de la Academia de Ciencias, Letras y Artes del Salvador.
1908. El 31 de julio contrae matrimonio en Popayán con doña Josefina Muñoz Muñoz, hija de D. Ignacio Muñoz Córdoba y de doña Satoria Muñoz.
1909. En nombre del Senado de la República pronuncia un elocuente panegírico ante el cadáver de D. Miguel Antonio Caro. Nace su primogénito Guillermo León, quien fue presidente de la República de 1962 a 1966.
1910. Renuncia a su mandato al Congreso por cuatro años. El presidente Carlos E. Restrepo le ofrece el Ministerio de Instrucción y la Legación de Colombia en el Ecuador, cargos que no acepta. Funda en Popayán el periódico *Adelante*. El 20 de julio, a nombre del Concejo Municipal de Popayán, pronuncia el discurso en el acto de inauguración de la estatua del sabio Francisco José de Caldas.
1914. Viaja a París con su esposa y con su cuñado Gonzalo Muñoz. Durante su permanencia en esta capital estalla la guerra europea. En Londres, bajo la dirección y con prólogo de Baldomero Sanín Cano, aparece la segunda edición de *Ritos*, impresa por Wertheimer, Lea & Co. Asiste al Senado por el departamento del Cauca. El presidente José Vicente Concha lo nombra Ministro de Guerra, cargo que declina.
1916. El 11 de junio con motivo del centenario de la muerte de Camilo Torres y en la inauguración de la estatua del prócer payanés pronuncia una elocuente oración que tuvo que terminar en el templo de San Francisco a causa del torrencial aguacero desatado en ese momento. Concorre al Senado de la República y toma parte en los candentes debates en torno a las credenciales de los senadores de Boyacá.
1917. El 26 de octubre la *coalición progresista* acoge su nombre como candidato para el período presidencial de 1918 a 1922, en oposición a Marco Fidel Suárez, conservador, y a José María Lombana Barreneche, radical. En dicha coalición actuaron: el general Benjamín Herrera, como

Presidente de la Convención Nacional del Partido Liberal; Eduardo Santos, Luis Eduardo Nieto Caballero y Alfonso Palau, como dignatarios de la Convención Nacional del Partido Republicano; y Laureano Gómez, José J. Villamizar y Eduardo Ortiz Borda, como dignatarios de la Convención Nacional Conservadora.

1918. Asiste al Senado en un nuevo período.
1919. Preside la comisión que lleva a Cali los restos del prócer Joaquín Caicedo y Cuero y pronuncia el discurso en su honor.
1920. Es elegido miembro de número de la Academia Colombiana, cargo del cual no tomó posesión. El 12 de octubre pronuncia su discurso al ser colocado el retrato de D. Sebastián de Belalcázar en el Concejo Municipal de Popayán.
1921. En Popayán muere su esposa doña Josefina Muñoz de Valencia. En dos cartas, con fechas 2 y 15 de marzo, respectivamente, y bajo el seudónimo de Don Matusalén Anarkos, da respuesta a la crítica que le había hecho, tres meses atrás, Don Lope de Azuero, especialmente al poema *La tristeza de Goethe*.
1922. El 22 de octubre la Universidad del Cauca le confiere el título de doctor *honoris causa*, en este acto pronuncia el discurso más breve de su carrera oratoria. El presidente Pedro Nel Ospina le ofrece el Ministerio de Hacienda que no acepta. Publica el *Himno del estudiante*. El 11 de octubre pronuncia el discurso en el centenario del nacimiento de D. Sergio Arboleda.
1923. Acude como Jefe de la delegación colombiana a la V Conferencia panamericana reunida del 25 de marzo al 3 de mayo, en Santiago de Chile, en compañía de Laureano Gómez y Carlos Uribe Echeverri. Formó parte de la Comisión de Higiene que expidió el primer código panamericano de salud pública, del cual es autor G. Valencia; de la Comisión de Comunicaciones que trató sobre la libertad de navegación de los países ribereños de los grandes ríos; de la Comisión de Armamentos para formular reservas a la declaración acordada sobre control y reducción de armamentos, en forma de garantizar los derechos de los países menores. A su paso por el Perú, hacia Santiago de Chile, la Universidad de San Marcos de Lima le entrega el título de doctor *honoris causa*. Recibe la Placa de Gran Oficial de la Orden del Sol, del Perú. Es nombrado miembro honorario de la Universidad del Gran Patronato San Agustín de Arequipa. El 30 de junio es elegido miembro correspondiente del Instituto Varnhagen de Río de Janeiro.
1924. El 24 de julio funda en Bogotá, con el doctor Andrés Eloy Rosa, la primera Sociedad Bolivariana. El 9 de noviembre pronuncia un discurso en homenaje al Libertador en la Quinta de Bolívar, en Bogotá. "Mi mejor discurso es sin duda el que pronuncié en la Quinta de Bolívar. Es un verdadero poema. Dije en prosa lo que no me hubiera atrevido a decir en verso". En el mes de diciembre, asiste como delegado de Colombia a la celebración del centenario de la Batalla de Ayacucho en Lima.
1925. En el Senado de la República interviene en defensa del proyecto de reforma constitucional sobre restablecimiento de la pena de muerte. Sus principales opositores fueron Antonio José Restrepo y José Manuel Saa-

- vedra Galindo, pertenecientes al partido liberal. Es nombrado miembro de la Academia Nacional de Historia del Ecuador.
1927. Publica el poema *Job*. El 20 de mayo recibe la Orden del Libertador, de Venezuela, en el grado de Gran Oficial.
1928. Desempeña la rectoría de la Universidad del Cauca.
1929. El 14 de febrero recibe la Cruz de la Legión de Honor de Francia en el grado de Gran Oficial. El 28 de abril, en nombre del departamento del Cauca, coloca una corona de bronce sobre la tumba del general Pedro Nel Ospina, en Medellín, en cuya administración se había inaugurado el ferrocarril de Popayán. En esta oportunidad pronuncia el discurso en homenaje a dicho gobernante. En la misma fecha, la Universidad de Antioquia le confiere el título de doctor *honoris causa*. El 22 de agosto la mayoría conservadora del Congreso y el Directorio Nacional lanzan su candidatura presidencial para el período constitucional de 1930 a 1934, en oposición al general Alfredo Vázquez Cobo, conservador, y al Dr. Enrique Olaya Herrera, liberal. Aparece su obra *Catay, poemas orientales* traducidos del francés.
1930. El 17 de diciembre, a la una y treinta de la tarde, pronuncia su discurso en la Quinta de San Pedro Alejandrino, en Santa Marta, con motivo del centenario de la muerte del Libertador.
1931. El presidente Olaya Herrera le ofrece la embajada en la Argentina, cargo que no acepta.
1932. Es llamado por el presidente Olaya Herrera para formar parte de la Comisión Asesora del Ministerio de Relaciones Exteriores, con motivo del conflicto con el Perú, comisión que preside. En desempeño de su misión da respuesta al memorándum presentado por Víctor M. Maúrtua, en nombre del Perú. Publica en Popayán la traducción de la *Balada de la cárcel de Reading*. Es condecorado por el gobierno alemán, presidido por von Hindenburg, con la Medalla de Goethe. Recibe la Gran Cruz Extraordinaria de la Orden de Boyacá.
1933. El 29 de julio es condecorado con la Orden de la Corona de Italia en el grado de Gran Oficial. El 18 de septiembre, en sesión solemne, pronuncia un discurso cuando entra a presidir la Sociedad Bolivariana de Bogotá.
1934. Con el Dr. Roberto Urdaneta Arbeláez y D. Luis Cano integra la delegación que concurre a la conferencia de Río de Janeiro para tratar el conflicto colombo-peruano por cuestión de límites. En marzo es recibido por la Academia de Letras del Brasil. En el mismo mes recibe la Orden Nacional Cruzeiro do Sul, del Brasil, en el grado de Gran Oficial. De regreso, en Buenos Aires pronuncia el 8 de junio un discurso en el Instituto Sanmartiniano, del cual es nombrado miembro correspondiente. La Academia de Letras de la Argentina lo hace socio correspondiente, el 7 de junio. En el mes de julio regresa a Colombia, procedente de los países del Sur del Continente. El 4 de diciembre es nombrado Académico de Honor de la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes de Cádiz.
1935. El 31 de enero pronuncia en el Teatro Municipal de Popayán un discurso en honor de San Juan Bosco. El 27 de octubre la Academia Dominicana de la Historia lo nombra miembro correspondiente.

1936. Colabora en el periódico *Claridad*, fundado por su hijo Guillermo León. En Popayán publica *El vengador de Wilde*, como réplica a la crítica hecha por Bernardo Arias Trujillo en torno a la traducción de la *Balada de la cárcel de Reading*.
1937. En Cali pronuncia el discurso con ocasión del centenario del nacimiento de Jorge Isaacs. El 13 de octubre el Ateneo de Ciencias y Artes de México lo nombra miembro correspondiente.
1938. El 28 de abril, durante la sesión solemne de la Sociedad Bolivariana y del Instituto Sanmartiniano de Bogotá, se da a conocer el *Himno de la raza*. Viaja a los Estados Unidos, en compañía de su hijo Alvaro Pío, y se somete a una intervención quirúrgica. De regreso, visita a Cuba. La Academia Nacional de Artes y Letras de La Habana lo nombra académico correspondiente y le rinde homenaje. El 12 de julio la Sociedad Bolivariana del Ecuador lo nombra miembro activo. El 5 de diciembre la Sociedad Bolivariana de Venezuela lo nombra miembro honorario.
1940. El 6 de mayo, a nombre del gobierno nacional y departamental, pronuncia su discurso en la inauguración de la estatua del general Francisco de Paula Santander, en Popayán. El 27 de diciembre pronuncia otro discurso en el Panteón de los Próceres de la misma ciudad. Toma parte activa en los preparativos del IV Centenario de la fundación de Popayán.
1941. Elegido por el departamento de Cundinamarca, asiste por última vez a la Cámara de Representantes. Gravemente enfermo se traslada a Cartago (Valle) donde permanece seis meses. Como presidente del Concejo está al frente de las festividades del IV Centenario de la fundación de Popayán y da la bienvenida al presidente de la República, Dr. Eduardo Santos. El 1º de diciembre es designado miembro de número de la Academia Colombiana de Historia, en reemplazo de D. Luis Cuervo Márquez; le correspondió el sillón número 33 (no pronunció discurso de posesión). El 8 de diciembre el gobierno dominicano lo condecora con la Orden del Mérito Juan Pablo Duarte, en la categoría de Gran Cruz, placa de plata. Aparece en Bogotá, en edición facsimilar, numerada y con ilustraciones de Santiago Martínez Delgado, el manuscrito de *Anarkos*, uno de los poemas de su mayor afecto sentimental e intelectual.
1942. Elegido senador por el departamento del Huila, no puede concurrir a las sesiones. En febrero vuelve definitivamente a Popayán. En el transcurso de este año pronuncia discursos con motivo de los siguientes acontecimientos: en la coronación de Rosita Caicedo Ayerbe, reina de los estudiantes; en el banquete ofrecido en honor de monseñor Juan Manuel González Arbeláez; en la inauguración del Colegio de Nuestra Señora del Pilar; en la clausura de estudios del Colegio del Sagrado Corazón; durante el homenaje que le ofrecieron los ecuatorianos; en el homenaje de los estudiantes venezolanos a Bolívar; en elogio a Pedro Morales Pino y Saturnino Cortés; ante la urna cineraria de D. Julio Arboleda, en la puerta del Panteón de los Próceres (13 de noviembre), y ante los periodistas payaneses, en la Plazuela de San Francisco (12 de diciembre).
1943. El 17 de marzo, en el cementerio de Popayán, ante el cadáver de D. Tomás Maya M., antiguo gobernador del Cauca y rector de la Universidad del Cauca, pronuncia su último discurso. En esta ocasión también

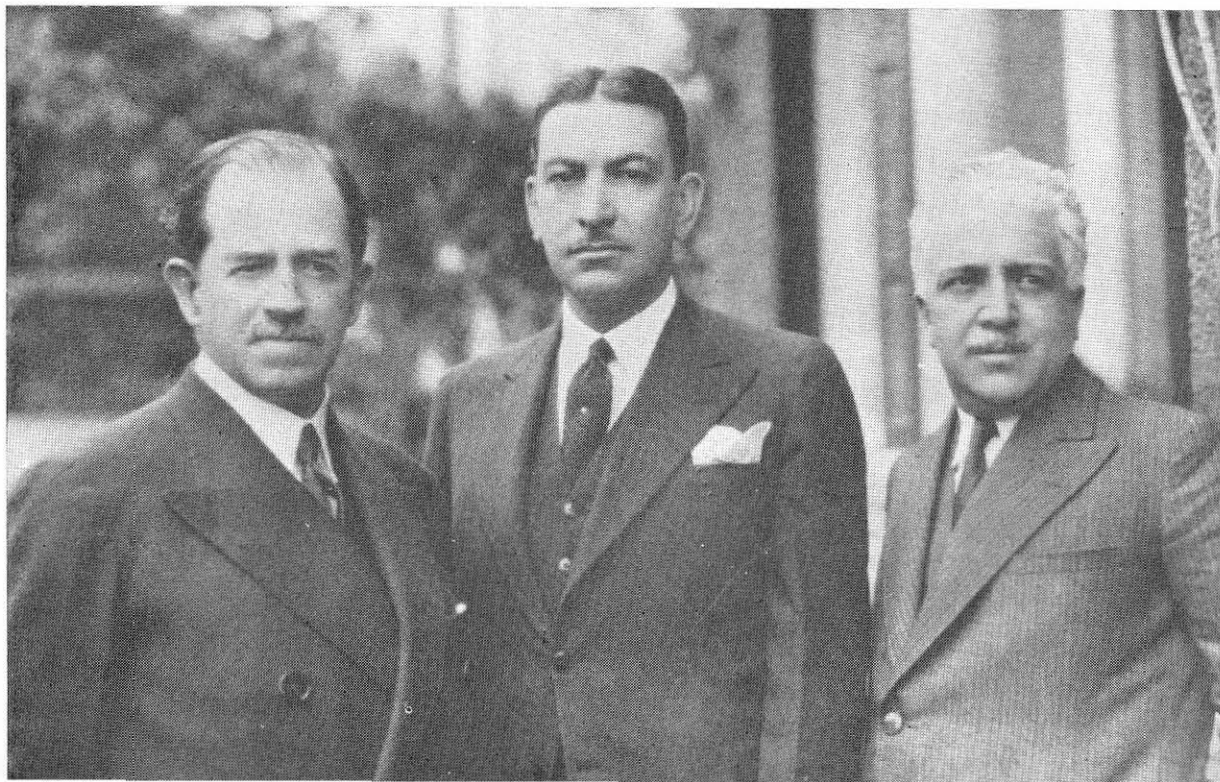
habló su hijo Guillermo León. El 30 de mayo cae gravemente enfermo. El 8 de julio, a las 5.30 de la mañana muere en Popayán, a la edad de 69 años. Dos días después se efectuó su entierro. En la Catedral Metropolitana pronuncia una magnífica oración fúnebre el Pbro. Dr. Miguel Angel Arce, hoy Arzobispo de Popayán. En el cementerio llevaron la palabra el Dr. Rafael Parga Cortés, Ministro de Educación Nacional; el Dr. Antonio José Lemos Guzmán, Alcalde de Popayán; el Dr. Arcesio Aragón, en representación de la Universidad del Cauca; el Dr. Jesús María Casas, Director de Educación Pública del Cauca, y el maestro Rafael Maya, en nombre del Club Popayán.

* * *

La anterior *Cronología de Guillermo Valencia* ha sido elaborada por el Dr. Vicente Pérez Silva, investigador del Instituto Caro y Cuervo, con base en las siguientes fuentes: en primer término, una breve relación cronológica, escrita de puño y letra, por el propio Guillermo Valencia, que reproducimos facsimilarmente en estas páginas y que se conserva en el archivo de la Casa Valencia, en Popayán. En segundo lugar, los apuntes cronológicos proporcionados gentilmente por la licenciada Martha Hubach Valencia, nieta del maestro Valencia, que nos han sido de suma utilidad y que aportan datos de primera mano, recogidos de la viva tradición familiar. En tercer lugar, los interesantes reportajes de carácter autobiográfico concedidos por Guillermo Valencia, en diferentes épocas de su vida, a los periodistas y escritores Tomás Márquez (1916), Martín Pomala (1928), Camilo Cruz Santos (1930), que se reproduce en este número de

Noticias Culturales, y Luis Enrique Osorio (1941), que fue reproducido en la sección *La autobiografía en la literatura colombiana* del número 150 (julio de 1973) de este boletín. En cuarto lugar, hemos consultado las siguientes obras: *Guillermo Valencia, Colombian poet* de Sonja Karsen (Nueva York, 1951), estudio muy completo y documentado; *Guillermo Valencia* de Alberto Duarte French (Bogotá, 1941); *Valencia* de Manuel Serrano Blanco (Bucaramanga, 1945); *La poesía de Guillermo Valencia* de Benigno Acosta Polo (Barranquilla, 1965), y *Valencia* de Oscar Echeverri Mejía (Madrid, España, 1965). Finalmente, debemos consignar nuestro reconocimiento y gratitud al Dr. Luis Carlos Irigorri, uno de los más íntimos amigos del ilustre poeta payanés y de los más conocedores de su vida, quien en forma generosa nos suministró datos desconocidos y de manifiesto interés, que han servido para el mejor logro de esta cronología.

EL MAESTRO GUILLERMO VALENCIA EN RÍO DE JANEIRO
Aparece con el doctor Roberto Urdaneta Arbeláez y con don Luis Cano en 1934.



FACSIMIL DE LOS DATOS CRONOLÓGICOS

Nacimientos - familia - Seminarios - Universidad -
créditos públicos -

1.895 Protección de Reyes - Secretario privado - El Congreso
de 1.896 - El Siglo - el Congreso de 1.898 - 2.º viaje
de Reyes a Europa - mi Secretaría - la guerra - regreso.
Allí encontré a Restrepo - Lunsana - Regreso de
Restrepo a Colombia -

1.900 - Crédito público (3 meses) Estudio sobre el F. del Tolima - Secretario
de Caneba - Regreso al Cauca en 1.901 - Gobernación.
mi conducta con los liberales - episodio con los Wallis -
Muerte de Albán - Entiempo de Lozes - fuei lamentos -

1.903 - Marroquín me nombra M. de F. Pública - Regreso al
Cauca - Congreso de 1.904 - Reyes me ofrece: el Ministerio
de Hacienda - Molina - Acepto la Gobernación por
pocas meses - mi Salita - su origen - mi expo-
sición - Reyes vuelve sobre sus pasos - Viaje a
Oriz - Vengo en 1.908 en asuntos particulares -
Me nombran ofrece los Correos y Telégrafos, el Porros
Nacional, me nombra visitador de Comarcas,
de excursos -

1.909 - La lucha en el Cauca - mi carta a Reyes -

AUTÓGRAFOS DE GUILLERMO VALENCIA

El Congreso de ese año - mi actitud - la elección -
de G. Valencia - Me ofrece Pastora el Ministerio
que quiero si entro en la Unión Republicana -
Indico la conveniencia de fundar la Concentración
revolucionaria en oposición a la Unión Republicana -
disputa con F. Argües - Reintegración -

G. Valencia me ofrece la Representación en la Confe-
rencia de Buenos Aires - la declino -
Elección de Restrepo - Renuncio a mi mandato
por 4 años - Me ofrece el M. de I. Pública,
la Legación en el Ecuador -

Concha - Me nombra Ministro de Guerra -

La Coalición - Origen - Conferencias - Plutarco
Herrera - Documentos - Qué se dijo entonces -

Elección de Juárez -

Congreso del 9021 - mi salida -

Elección de P. Nel. y de O. Herrera. Mi
actitud -

Me ofrecen J. C. Abelaz cuando la Coalición
la futura Presidencia -

Mi. Miguel Arroyo, y otros Caballeros; la
1.ª designación - Voto por Concha

Perra Nel:

-3-

Me ofrece el Ministerio de Hacienda - Me
nombra Ministro en Santiago - luego
me ofrece la Legación del Ecuador y
posteriormente me propone el Ministerio
de R. Exteriores -



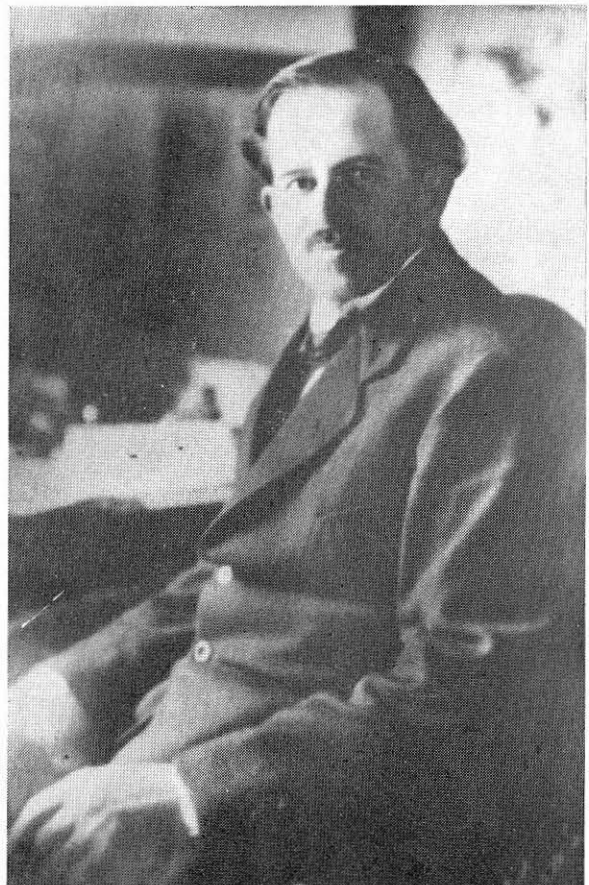
GUILLERMO VALENCIA ACOMPAÑANDO A BALDOMERO SANÍN CANO, CUANDO ÉSTE HACÍA SU ENTRADA A POPAYÁN PARA POSESIONARSE DE LA RECTORÍA DE LA UNIVERSIDAD DEL CAUCA, EN 1941

BIBLIOGRAFIA

I. ESCRITOS DE GUILLERMO VALENCIA

- Don Joaquín Mosquera.* Composición premiada en el concurso del 20 de julio de 1893, iniciada por el Gobernador del Cauca. Popayán, Imp. del Departamento, 1893. 33 p.
- Jornada de una verdad.* Popayán, Imp. del Departamento, 1894.
- Poesías.* Bogotá, Samper Matiz, 1898. 114 p. front. 18 cm.
- Cigüeñas blancas.* Bogotá, Samper Matiz, [s. f.].
- Ritos.* Poesías (originales y traducciones). Bogotá, 1899.
- Ritos.* Londres, Establecimiento Tipográfico Wertheimer, Lea & Cía., 1914. xxiii, 223 p. 22 cm.
- Carlos Albán.* Popayán, Imp. del Departamento, 1902.
- Exposición del gobernador del departamento del Cauca.* Popayán, Imp. del Departamento, 1905.
- Discurso al colocar la primera piedra en el arco de los próceres en el puente del Humilladero.* Popayán, Imp. del Departamento, 1907.
- Poesías.* Bogotá, Biblioteca Mundial, [s. f.]. 24 p.
- En memoria de Selva.* Popayán, Tipografía El Carmen, 1913.
- Dos discursos.* Popayán, Imp. del Departamento, 1915. 38 p. 29 cm.
- Oraciones panegíricas.* Bogotá, Negret Hnos., 1915. 42 p.
- Oraciones panegíricas.* Bogotá, [Edit. A B C], 1952. 284 p. 19 cm. (Biblioteca de Autores Colombianos, 25).
- Oraciones panegíricas.* [Bogotá, Imp. Nacional, 1958]. 288 p. 20 cm. (Biblioteca de Autores Colombianos, 25).
- Alma Mater.* Popayán, Imp. del Departamento, 1916. 7 p.
- Poemas.* México, 1917.
- Poemas.* Buenos Aires, Ediciones Mínimas, 1918. 30 p.

- Casabianca, 1901; Caro, 1909; Uribe, 1914 ...* [Policarpa Salavarrieta]. [Bogotá], Imp. de Eustacio Ramos, 1918. 28 p. 23 cm.
- Sus mejores poemas.* Madrid, Edit. América, 1919. 252 p. 16½ cm. (Biblioteca Andrés Bello, 61).
- Sus mejores poemas.* 2ª ed. Madrid, Edit. América, 1926. 219 p. 20 cm.
- Tres poemas de Guillermo Valencia.* Buenos Aires, Edit. Bayardo, 1921.
- Discurso, en Homenaje a Ricaurte, 7 de agosto de 1924.* Bogotá, Edit. Cromos, [1924]. p. 25-38.
- Discurso pronunciado por el Dr. Guillermo Valencia en la fiesta celebrada el 8 de agosto en el teatro Faenza a beneficio de las misiones, en Flores Selectas (Bogotá), núm. 74-75 (1924).* p. 3-19.



GUILLERMO VALENCIA EN 1923

- El doctor Guillermo Valencia en el Congreso de 1925.* Popayán, Imp. del Departamento, [1925]. 103 p. 24½ cm.
- Versos de Guillermo Valencia, Víctor M. Londoño, Cornelio Hispano y Max Grillo.* Estudio preliminar de Rafael Maya. [Bogotá, Minerva], 1925. xxxix, 116 p. 18 cm. (Ediciones Colombia).
- Polémica sobre la pena de muerte.* Bogotá, Ediciones Colombia, 1925.
- [*Discursos de Guillermo Valencia pronunciados en la polémica sobre la pena de muerte*], en *El caldoso en Colombia.* Bucaramanga, Ediciones La Enciclopedia, [1949].
- Homenaje al doctor Joaquín Rebolledo, maestro de la juventud del Cauca.* Popayán, Imp. del Departamento, 1927. 11 p. 32 cm.
- Job.* Bogotá, Cromos, 1927.
- Cuaderno de notas.* México, Cía. Nacional Edit. Aguila, [1928?].
- Catay: poemas orientales.* Bogotá, [Edit. Cromos, 1929]. 166 p. retrato. 23 cm.
- Manifiesto.* Popayán, Imp. del Departamento, 1930.
- A San Antonio de Padua en el VII centenario de su muerte.* Popayán, Tipografía del Carmen, 1931.
- Discurso pronunciado por Guillermo Valencia en la quinta de San Pedro Alejandrino* (Santa Marta) el 17 de diciembre de 1930, en representación del Honorable Senado de la República de Colombia. Panamá, Imp. Nacional, 1931. 20 p.
- Balada de la cárcel de Reading,* por C. 3. 3. Versión española de G. V. dedicada a su amigo Alfonso Villegas Restrepo. Popayán, Imp. Castillo, 1932. 59 p. 23 cm.
- El momento político internacional del mundo.* Bogotá, Imp. Nacional, 1932.
- Informe del presidente de la Comisión Asesora, señor doctor Guillermo Valencia, sobre el memorandum del Comisionado del gobierno del Perú, presentado el 21 de noviembre de 1932 ante el presidente de la Comisión Permanente de Washington.* Bogotá, 1932.
- Discurso pronunciado en los funerales de don Miguel Antonio Caro, por Guillermo Valencia,* en nombre del Senado de la República, en *Obras completas de Miguel Antonio Caro.* Bogotá, Imp. Nacional, 1932, tomo VI, p. III-XI.
- Panegíricos, discursos, artículos.* Recopiladores y editores A. Villa Ramírez y G. Marín G. Armenia, Tip. Vigig, 1933. 266 p. 18 cm.
- Discursos.* [Bogotá, Edit. Minerva, 1935]. 166 p. 18½ cm. (Biblioteca Aldeana de Colombia).
- Discursos.* 3ª ed. Bogotá, Edit. Minerva, [s. f.]. 166 p. 17 cm. (Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, 7).
- Discursos y páginas históricas* (precedido de la biografía del poeta por el Dr. Humberto Bronx). [Medellín, Edit. Granamérica, s. f.]. xvi, 194 p. 17 cm. (Colección Academia Antioqueña de Historia, 11).
- El vengador de Wilde.* Popayán. Imp. M. Castillo, 1936. 75 p. 23½ cm.
- Duelo nacional,* en *Corona fúnebre* a la memoria del expresidente Dr. Enrique Olaya Herrera, 1880-1937. Bogotá, Tip. Apolo, 1937.
- Himno a la raza.* Popayán, Imp. de M. Castillo, 1938. 15 p.
- Discurso pronunciado en Popayán por el Dr. Guillermo Valencia, comisionado del gobierno nacional y departamental, en la inauguración de la estatua del general Francisco de Paula Santander, el 6 de mayo de 1940.* Popayán, Talleres Editoriales del Departamento, [1940]. 17 p. 24 cm.
- Oración pronunciada por el Dr. Guillermo Valencia en la traslación de las urnas cinerarias de algunos payaneses gloriosos al Panteón de los próceres.* Popayán, Castillo, 1940.
- Anarkos.* Facsímil del texto manuscrito. Ilustraciones de Santiago Martínez Delgado. Bogotá, Tip. Prag, 1941. 77 p.
- Doce sonetos ...* Dirige Jorge Zalamea. Bogotá, 1942.
- Discurso pronunciado en Popayán ... en representación de la junta encargada de festejar el primer centenario del nacimiento de don Julio Arboleda,* en JULIO ARBOLEDA, *Gonzalo de Oyón.* Popayán, Tip. La Perla, 1942, p. I-XII.
- Guillermo Valencia.* [Medellín], Ediciones de la revista Universidad Católica Bolivariana, [1943].

s. p. 23½ cm. (Cuadernillos de Poesía Colombiana, 17).

Selectísima compilación de la obra maestra de Guillermo Valencia. Cali, Plus Ultra, 1943.

Sus mejores versos. Bogotá, Edit. La Gran Colombia, 1943. 48 p. 22 cm. (Cuadernillos de Poesía dirigidos por Simón Latino).

Anarkos. Traducción al inglés por Cecil Miles. [Medellín, Ediciones de la revista Universidad Católica Bolivariana, 1945]. s. p. 24 cm. (Cuadernillos de Poesía Colombiana, 26).

Obras poéticas completas. Prólogo de B. Sanín Cano. Madrid, M. Aguilar, 1948. xxxix, 869 p. retratos. 14 cm.

Obras poéticas completas. Prólogo de B. Sanín Cano. Madrid, Aguilar, 1952. 7-884 p. retratos. 14 cm.

Es la 2ª ed. corregida.

Obras poéticas completas. Prólogo de B. Sanín Cano. [3ª ed.]. Madrid, Aguilar, 1955. 884 p. retratos. 13½ cm.

Antología poética. Bogotá, Edit. A B C, 1952. 427 p. 19 cm. (Biblioteca de Autores Colombianos).

Los mejores versos de Guillermo Valencia. Buenos Aires, 1956. 40 p. 22 x 10 cm. (Cuadernillos de Poesía, 1).

Poesías y discursos. Introducción, selecciones y notas de Carlos García Prada. Madrid, Ediciones Iberoamericanas, 1959. 226 p. 20 cm. (Biblioteca de Autores Hispanoamericanos).

Poemas. Medellín, Horizonte, [1963?]. 40 p. 21 cm. (El Arco y la Lira, 13).

Guillermo Valencia. Estudio y Antología por Oscar Echeverri Mejía. Madrid, Compañía Bibliográfica Española, [1965]. 226 p. 18½ cm. (Un autor en un libro, 24).

Páginas inmortales. Discursos. [Bogotá, Canal Ramírez-Antares, 1973]. 166 p. 16½ cm. (Biblioteca Colombiana de Cultura. Colección Popular, 101).

Poemas. Selección de Josefina Valencia de Hubach. [Bogotá, Canal Ramírez-Antares, 1973]. 147 p. 16½ cm. (Biblioteca Colombiana de Cultura. Colección Popular, 102).

Anarkos. Bogotá, Senado de la República, 1973. 24 h. retrato. 33 x 22 cm.

Edición facsimilar del manuscrito, con motivo del centenario del nacimiento de Guillermo Valencia.

II. ESCRITOS SOBRE GUILLERMO VALENCIA

ACOSTA POLO, BENIGNO. *La Poesía de Guillermo Valencia.* Barranquilla, [Imp. Departamental], 1965. 293 p. 24 cm.

AGUILAR, ENRIQUE. *Himno de la raza* [Crítica], en *Revista Colombiana* (Bogotá), X, núm. 111 (junio 15 de 1938), p. 75-78.

ARAGÓN, ARCESIO. *Fastos payaneses.* 1536-1936. Bogotá, Imp. Nacional, 1939-1941. 2 vols.

ARAGÓN, ARCESIO. *Valencia, cifra de un pueblo*, en *Revista de las Indias* (Bogotá), XVII, 2ª época, núm. 54 (junio de 1943), p. 354-357.

ARANGO FERRER, JAVIER. *Guillermo Valencia*, en *La literatura de Colombia.* Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1940, p. 125-126.

ARIAS TRUJILLO, BERNARDO. *Balada de la cárcel de Reading.* [2ª ed.] Manizales, Arturo Zapata, [1936]. 82 p. 23½ cm.

BARRENECHEA, JULIO. *Guillermo Valencia*, en CONGRESO DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA. 3º, Bogotá, 1960, *Homenaje a la poesía colombiana.* Bogotá, Academia Colombiana de la Lengua, 1960, p. 46-47.

BAYONA POSADA, NICOLÁS. *Guillermo Valencia*, en *Panorama de la literatura colombiana.* Bogotá, Ediciones Samper Ortega, 1942, p. 104-105; — — Bogotá, Camacho Roldán, 1947, p. 101-104.

BLANCO FOMBONA, RUFINO. *Un poeta de Colombia*, en *Revista Colombiana* (Bogotá), XIV, núm. 162 (septiembre 1943), p. 146-153.

BOTERO, EBEL. *Guillermo Valencia: observaciones a sus traducciones poéticas*, en *Cinco poetas Colombianos* (Estudios sobre Silva, Valencia, Luis Carlos López, Rivera y Maya). Manizales, Imp. Departamental, 1964, p. 41-67.

BRICKELL, HERSCHEL. *Tres maestros del gayo saber*, en *Cosecha colombiana.* Bogotá, Ediciones Librería Central, 1944, p. 49-52.

BRONX, HUMBERTO. *Guillermo Valencia; discursos y páginas históricas* (precedido de una biografía del poeta por el Dr. Humberto Bronx). [Medellín, Edit. Granamérica, 1969]. xvi, 194 p. 16½ cm. (Colección Academia Antioqueña de Historia, 11).

- CABALLERO CALDERÓN, EDUARDO. *Guillermo Valencia: el hombre*, en *Revista de las Indias* (Bogotá), XVII, 2ª época, núm. 54 (junio de 1943), p. 350-353.
- CAJIAO, MARCO ANTONIO. *Ultimos consejos de Valencia a un amigo*, en *Revista Javeriana* (Bogotá), XXII (1944), p. 49-52.
- CARRANZA, EDUARDO. *Guillermo Valencia*, en *Revista de América* (Bogotá), XIV, núm. 40 (abril de 1948), p. 71-75.
- CASTILLO, EDUARDO. *Guillermo Valencia*, en *Alma de Artista* (Bogotá), IV, núm. 15 (28 de febrero de 1923), p. 166-167.
- CASTILLO, EDUARDO. *Guillermo Valencia íntimo*, en *Repertorio Americano* (San José de Costa Rica), IX, p. 13-14.
- CEJADOR Y FRAUCA, JULIO. *Guillermo Valencia*, en *Historia de la lengua y literatura castellana*. Madrid, Tip. de la Rev. de Arch., Bibl. y Museos, 1919, tomo XI, p. 114.
- COESTER, ALFRED. *Guillermo Valencia*, en *The literary history of Spanish America*. New York, The Macmillan, 1916, p. 472.
- CRUZ SANTOS, CAMILO. *La influencia del medio ambiente en la carrera literaria de Guillermo Valencia*, en *Repertorio Americano* (San José de Costa Rica), XVII, p. 209-211.
- De una entrevista con Guillermo Valencia*, en *Repertorio Americano* (San José de Costa Rica), IV, p. 224.
- DUARTE FRENCH, ALBERTO. *Guillermo Valencia*. Bogotá, Edit. Jotadé, 1941. 241 p. 15½ cm.
- E. C. *Anarkos*, en *Revista de las Indias* (Bogotá), IX, núm. 29 (mayo 1941), p. 447-448.
- ESTÉNGER, RAFAEL A. *En torno a la estética de Valencia*, en *Cuba Contemporánea* (La Habana), XXXIV, p. 122-127.
- FRAY JUNÍPERO. *El himno a la raza*, en *Revista Colombiana* (Bogotá), X, núm. 111 (junio 15 de 1938), p. 78-81.
- GÁLVEZ, JOSÉ. *Discurso*, en *Mercurio Peruano* (Lima), X, p. 699-706.
- Discurso con motivo del otorgamiento del título de Doctor "Honoris Causa" de la Universidad de San Marcos a Guillermo Valencia.
- GARCÍA PRADA, CARLOS. *Guillermo Valencia*, en *Antología de líricos colombianos*. Selecciones y notas por Carlos García Prada. Bogotá, Imp. Nacional, 1937, tomo II, p. 63-65.
- GARCÍA PRADA, CARLOS. *Guillermo Valencia*, en *Poetas modernistas hispanoamericanos*. Antología. 2ª ed. revisada y aumentada. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1968, p. 257-284. (Colección Poesía de España y América, 33).
- GÓMEZ JAIME, ALFREDO. *El recuerdo: Guillermo Valencia*, en *Revista de América* (Bogotá), XI, núm. 34 (octubre de 1947), p. 105-112.
- GÓMEZ, LAUREANO. *Guillermo Valencia*, en *Revista Colombiana* (Bogotá), XIV, núm. 162 (septiembre 1943), p. 137-138.
- Guillermo Valencia*, en *El Cojo Ilustrado* (Caracas), VII, p. 428-429.
- HISPANO, CORNELIO. *Guillermo Valencia, varón estético*, en *Kerylos: laudes de la belleza y del amor*. Bogotá, Lito. Colombia, 1948, p. 147-151.
- HOLGUÍN, ANDRÉS. *Guillermo Valencia y el parnasianismo*, en *La poesía inconclusa y otros ensayos*. Bogotá, Edit. Centro-Instituto Gráfico, 1947, p. 131-146.
- HOLGUÍN, ANDRÉS. *Traducciones poéticas de Guillermo Valencia*, en *Revista de las Indias* (Bogotá), XVII, 2ª época, núm. 54 (junio de 1943), p. 436-446.
- INSTITUTO SANMARTINIANO (Buenos Aires). *Recepción en honor del doctor Guillermo Valencia, presidente de la Sociedad Bolivariana de Colombia ...* Buenos Aires, 1934. 23 p. 25½ cm.
- JARAMILLO MEZA, JUAN BAUTISTA. *Guillermo Valencia*, en *Senderos de Otoño*. Manizales, Imp. Departamental, 1935, p. 150-166.
- KARSEN, SONJA. *Guillermo Valencia, Colombian poet, 1873-1943*. New York, Hispanic Institute, 1951. 269 p. láms. 25½ cm.
- LONDOÑO, VÍCTOR M. *Guillermo Valencia*, en *Obra literaria*. Bogotá, Imp. Nacional 1937, p. 269-271.
- LOZANO Y LOZANO, CARLOS. *Guillermo Valencia*, en *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá), XXX, núm. 350 (diciembre de 1943), p. 1122-1127.
- LOZANO Y LOZANO, JUAN. *Guillermo Valencia*, en *Ensayos críticos*. Bogotá, Edit. Santafé, 1934, p. 65-89.
- MANRIQUE TERÁN, GUILLERMO. [*Guillermo*] *Valencia*, en *Santafé y Bogotá* (Bogotá), I, núm. 4 (abril de 1923), p. 235-238.

MAYA, RAFAEL. *Guillermo Valencia*, en *Estampas de ayer y retratos de hoy*. Bogotá, Edit. Kelly, [1954], p. 233-257. (Biblioteca de Autores Colombianos, 80).

MAYA, RAFAEL. *Guillermo Valencia*, en *Revista Colombiana* (Bogotá), XIV, núm. 162 (septiembre 1943), p. 139-145.

MAYA, RAFAEL. *Guillermo Valencia*, en *Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana*. Bogotá, Librería Voluntad, 1944, p. 28-30.

MAYA, RAFAEL. *Sobre Guillermo Valencia*, en *Revista de América* (Bogotá), II, núm. 4 (abril de 1945), p. 56-68.

MENA BETANCOURT, ANA RUTH. *Guillermo Valencia: "Ritos" y el poeta*. Bogotá, [Edit. Sipa], 1954. 78 p. 24 cm.

Monografía de la tesis presentada para optar al título de doctor en filosofía, letras y pedagogía de la Universidad Javeriana.

MOLINA GARCÉS, CIRO. *De re métrica*. Con motivo de los hexámetros de Guillermo Valencia *A Popayán*. Bogotá, Arboleda & Valencia, 1914. 60 p. 20 cm.

NIETO CABALLERO, LUIS EDUARDO. *El dolor de Colombia*. Bogotá, Tip. Moderna, 1922, p. 31-32, 108.

OSORIO, LUIS ENRIQUE. *Los grandes de América*, en *Repertorio Americano* (San José de Costa Rica), V, p. 199-201.

PALLAIS, AZARÍAS H. *A Guillermo Valencia*, en *Repertorio Americano* (San José de Costa Rica), II, p. 113.

PARGA CORTÉS, RAFAEL. *Elogio del Maestro*, en *Revista de las Indias* (Bogotá), XVII, 2ª época, núm. 54 (junio de 1943), p. 346-349.

PORRAS TROCONIS, GABRIEL. *El alejandrismo de Guillermo Valencia*, en *Cuba Contemporánea* (La Habana), VIII, p. 251-258.

RODRÍGUEZ GARAVITO, AGUSTÍN. *Guillermo Valencia o el espíritu humano*, en *Revista Colombiana* (Bogotá), XIV, núm. 162 (septiembre 1943), p. 157-159.

ROJAS, JOSÉ DOMINGO. *Cómo recita Valencia*, en *Revista Javeriana* (Bogotá), XV (1941), p. 102-111.

ROJAS, JOSÉ DOMINGO. *Guillermo Valencia*, en *Revista Javeriana* (Bogotá), XIV (1940), p. 155-162.

SALAZAR FLOR, CARLOS. *Guillermo Valencia, la más alta cumbre de América*, en *Universidad de Antioquia* (Medellín), XVI, núm. 61-62 (enero y febrero de 1944), p. 149-152.

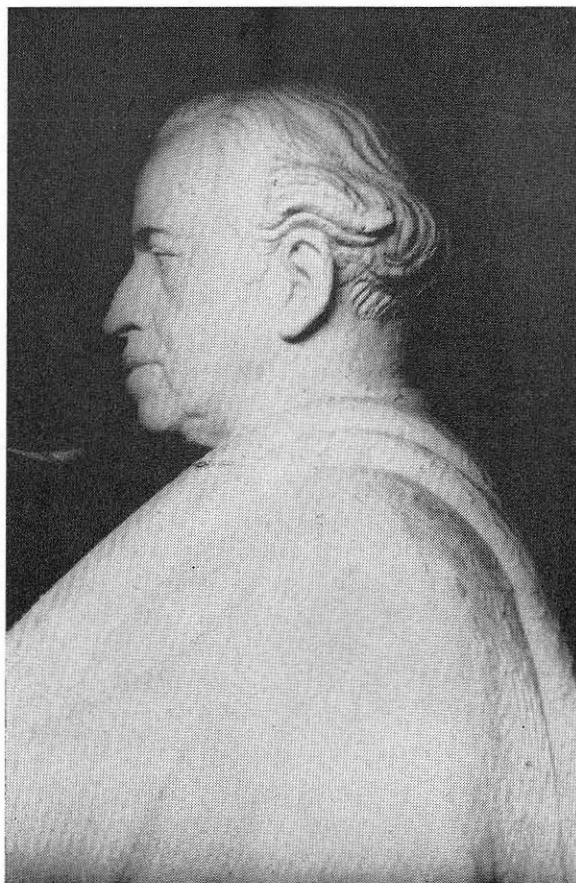
SANÍN CANO, BALDOMERO. *De los exámenes, de las especialidades, de Guillermo Valencia y de Maeztu*, en *El humanismo y el progreso del hombre*. Buenos Aires, Edit. Losada, [1955], p. 149-155.

SANÍN CANO, BALDOMERO. *El poeta Guillermo Valencia*, en *Repertorio Americano* (San José de Costa Rica), XIII, p. 113-115.

SANÍN CANO, BALDOMERO. *G. Valencia o el modernismo*, en *Crítica y arte*. Bogotá, Librería Nueva, 1932, p. 139-154.

SANÍN CANO, BALDOMERO. *Guillermo Valencia y el espíritu*, en *Ensayos*. Bogotá, Edit. A B C, 1942, p. 57-60. (Biblioteca Popular de Cultura Colombiana).

SANÍN CANO, BALDOMERO. *Guillermo Valencia*, en *Letras colombianas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944, p. 188-192.



BUSTO PERTENECIENTE A LA ESTATUA DE GUILLERMO VALENCIA, OBRA DE VICTORIO MACHO.

SANÍN CANO, BALDOMERO. *Guillermo Valencia: la amistad y el genio*, en *De mi vida y otras vidas*. Bogotá, Edit. A B C, 1949, p. 57-61.

SCHULLER, RUDOLF. *Guillermo Valencia, el amo de Popayán*, en *Repertorio Americano* (San José de Costa Rica), XVII, p. 41-42.

SELVA, SALOMÓN DE LA. *Persiflage. Poetas del dolor*, en *Repertorio Americano* (San José de Costa Rica), XXII, p. 37-38.

SERRANO BLANCO, MANUEL. *Valencia*. Bucaramanga, Imp. del Departamento, 1945. 197 p. 20½ cm. (Publicaciones de la Revista Santander).

SOTO, ALBERTO. *Cómo escribe Guillermo Valencia un discurso*, en *Santafé y Bogotá* (Bogotá), X, p. 214-217.

VARGAS OSORIO, TOMÁS. *Guillermo Valencia ante la crítica moderna*, en TOMÁS VARGAS OSORIO, *Obras*. Bucaramanga, Imp. del Departamento, 1944, tomo I, p. 391-406.

VEJARANO, JORGE RICARDO. *Guillermo Valencia*, en *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá), XXX, núm 350 (diciembre de 1943), p. 1122-1130.

VILLEGAS, SILVIO. *Guillermo Valencia*, en *Universidad de Antioquia* (Medellín), XXI (1947), p. 351-361.

VINYES, RAMÓN. *Ritos*, en *Revista Colombiana* (Bogotá), XIV, núm. 162 (septiembre 1943), p. 154-156.

* * *

Esta bibliografía no pretende ser exhaustiva sino que tiene el carácter de selecta, especialmente en lo que se refiere a los escritos sobre Guillermo Valencia. Se ha preparado teniendo como base fundamental los registros compilados por el Departamento de Bibliografía del Instituto Caro y Cuervo; en segundo lugar se revisaron las colecciones de revistas pertenecientes a la Biblioteca del Instituto y el Catálogo de la Biblioteca Luis-Angel Arango. No podemos dejar de mencionar en esta nota la bibliografía que presenta la señorita Sonja Karsen al final de su obra titulada *Guillermo Valencia, Colombian poet (1873-1943)*, bibliografía de la cual hemos tomado algunos registros completos y otros que han servido para complementar información que ya poseíamos. Es de justicia indicar que la bibliografía preparada por la señorita Karsen es la mejor guía que se ha hecho hasta el presente para el estudio del Maestro Valencia. Como han sido numerosos los escritos sobre Valencia a partir de 1951, año en que apareció el estudio de la señorita Karsen, hemos procurado consignar aquí los trabajos más sobresalientes publicados desde entonces.

FRANCISCO JOSÉ ROMERO ROJAS.



GUILLERMO VALENCIA FIRMANDO EL PACTO DE RÍO DE JANEIRO EN 1934
Aparecen también Manuel Ulloa Sotomayor, Víctor Andrés Belaúnde, Raúl Porras Barrenechea, Oswaldo Aranha, y el embajador Carcano de la Argentina.



A Josefina

Eres luz de mi sangre y eres flor de mi raga
que se vulgura columna mi pecho arido.

Flada de manos pródigas para mi hogar pasado,
do una estela sin sombra tu almo vivir nos traga.

Cuando en las negras fauces de la tremenda hornaza
se torcia mi ser como un hierro encendido,
¡Qué blando fue a mis dolores tu filial gemido
o tu grito de cólera que a mi ofensor rechaza!

Sigue viviendo, blanca, para el bien y no olvides
que dos nombres sin tacha dirigen tu conciencia:
Como tú eres espíritu, tan grave empeño mides...

Mi taciturno ocaso dívale tu presencia,
y como Dios concete, si con amor le pides,
¡Quédate que en tus brazos se apague mi existencia!

Guillermo Valencia

Bilbao: Setiembre 22 de 1934.

FASCÍMILE DEL AUTÓGRAFO DEL SONETO DE GUILLERMO VALENCIA
DEDICADO A SU HIJA DOÑA JOSEFINA VALENCIA DE HUBACH

GUILLERMO VALENCIA Y LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

DATOS PARA UN ESTUDIO

De muchacho, Valencia estudió latín y griego en el Seminario de Popayán, y, aunque este estudio no pudo ser muy extenso, ni muy profundo, fue suficiente para que pudiera traducir admirablemente, en verso, en poesía, dos poemitas griegos, "recitar en griego algo de Anacreonte" y "sentir en latín a Virgilio, Horacio y Ovidio" (Cfr. Sonja Karsen, *Guillermo Valencia, Colombian poet*, Nueva York, Hispanic Institute, 1951, quien da abundante documentación al respecto). Por otra parte, se familiarizó con la historia y la literatura de Grecia y de Roma y se inició en el encanto de la cultura clásica. Pero fue más tarde, por fuera de los cursos académicos, en sus abundantes lecturas de críticos, poetas y literatos del modernismo, cuando Valencia tuvo realmente la experiencia de la antigüedad clásica. En verdad, experiencia indirecta, elaborada bajo la presión de postulados de su tiempo: parnasianos, simbolistas, decadentistas... (Cfr. Rafael Maya, *La poesía de Guillermo Valencia*, prólogo a la *Antología poética*, publicada en la Biblioteca de Autores Colombianos, Bogotá, 1952), pero también con más carácter personal de lo que se ha creído.

Para el modernismo la antigüedad clásica es ante todo dos cosas. Primero: una actitud vital: el paganismo, y segundo: un ideal estético: lo clásico. No el clasicismo del siglo diecinueve, bastante convencional, sino lo dionisiaco y apolíneo (pasión y armonía al mismo tiempo) presentes en toda grande obra artística de griegos y romanos. Concebida así, la antigüedad clásica despierta en Valencia vivísimo entusiasmo. Si eso es la antigüedad, Valencia, por sensibilidad y cerebro, se identifica con ella. Además en Valencia, como en casi todos los parnasianos, la antigüedad clásica no obra meramente como un material de segunda mano, digno de elaboración artística, sino también como un elemento de destacado poder simbólico.

Las poesías de Valencia que tienen relación con la antigüedad clásica pueden clasificarse de la siguiente manera:

- A. Poemas de tema clásico (en su mayoría sonetos): *El triunfo de Nerón*, *La medalla de César*, *Ovidio en Tome*, *Homero*, *Pigmalión*, *El cuadro de Zeuxis*, *En el circo*, *Sporo*, *Al doctor Aurelio Ordóñez*, *A la señora doña María Carrión de Lasso*.
- B. Poemas inspirados por un sentimiento de simpatía o añoranza del paganismo: *¡Oh paganismo!*, *San Antonio y el centauro*, *Laurus nobilis*.
- C. Poemas en los que la antigüedad representa un ideal estético o una tabla de valores culturales: *Leyendo a Silva*, *Cigüeñas blancas*, *A un amigo muerto*, *A Cornelio Hispano*, *La voz en el eco* (Prólogo y Epílogo al libro de Carlos López Narváez).
- D. Poemas en que lo griego o lo romano pone simplemente una nota de arudición, de exotismo, o de adorno: *A Pedro Felipe de Valencia* (sonetos V y VII), *A don Lucas Ochoa*, *A Helena Soto del Corral*, *A Elena Saravia*, *Busto en mármol*, *Enigma*, *A Tórtola Valencia*, *La tristeza de Goethe*, *Invocación a la diosa* (este cabría también en el grupo B), *A la señora Hipatía Cárdenas de Bustamante*.
- E. Poema con cuyo ritmo se pretende reproducir el hexámetro: *A Popayán*.
- F. Traducciones: *Oda XXVIII de Anacreonte* y *Epigrama CCLXX* (*Antología griega - Epig. erot.*). Por errata, el número de este epigrama, en la edición Aguilar, es CLXX.

Además del libro de Karsen y el estudio de Maya, ya citados, tratan de la influencia del mundo clásico en Valencia: Rafael Maya, *Guillermo Valencia*, en *Revista Colombiana*, XIV (1943), p. 139-145. - Cornelio Hispano, *Kerylos*, Bogotá, 1948, p. 149. - Ignacio Rodríguez Guerrero, *Los estudios clásicos en Colombia*, en *Estudios literarios*, Pasto, 1947, p. 359. - Ciro Molina Garcés, *De re metrica; con motivo de los hexámetros de Valencia "A Popayán"*, Bogotá, 1914. - José Manuel Rivas Sacconi, *El latín en Colombia*, Bogotá, 1949, p. 452.

JORGE PÁRAMO POMAREDA.



GUILLERMO VALENCIA viajando hacia Bogotá para asistir al Congreso a fines del siglo pasado, 1898.

EL ULTIMO POEMA DE

1

MATER CHRISTI.

Dedicada respetuosamente al Excmo. Señor Arzobispo de Popoyán, Sr.

Juan Manuel González.

Aquí se realizã lo indescriptible;
lo eternamente femenino nos atrae
aquí .

Goethe .

Una excelsa cadena de montes cuya altura
vence leve sendero que asciende con blandura
desde un dulce recodo en que posa la aldea,
descubre ~~al~~ ojo absorto la paz de Galilea .
Nazareth ve de frente el Tabor - vaso lleno
de leche y miel, que ostenta la redondez de un seno -,
y en torno, de Esdrelón el árida llanura;
las ondulantes cimas del Carmelo , la oscura
sierra de Gelboé , Siquem y Endor; Maggedo
que verdece en olivos y purpura el viñedo .

Nazareth , tierra humilde, sosegada, inocente,
de risueños jardines y hospitalaria gente,
de pedregosas calles y techos apiñados,
en su blancura finge los portentosos dados
con que la fina mano de una tierna criatura
ganó para los hombres la celestial ventura .

Muy cerca de la aldea fluye el vetusto pozo
de roído brocal, diáfano como el gozo
de una virgen esbelta, núbil, fresca y sencilla
que está hundiendo en la fuente su cántaro de arcilla .
Mientras la linfa colma de limpidez el vaso,
gráciles compañeras cucnichean muy paso.....

GUILLERMO VALENCIA

- 2 -

Hablan de la promesa milenaria, de días
grandes para Israel - Cuál portará al Mesías ?
Qué rubor en los rostros ! qué temblores del seno,
qué arrebató de amor ! - Será el Rey, nazareno ?
La que llenaba el cántaro a su hogar se encamina
y es la predestinada para madre divina .

Qué humilde la vivienda ! . La puerta le da lumbre.
Todo el ajuar que asombra la mísera techumbre
son " un cofre pintado, pocos vasos de arcilla,
cojines por el suelo y una parda esterilla "....
y allí la casta virgen y en tan pobre desván,
oír la voz del Angel : Shalom ^{la} lak Miryam !
qué atravesando siglos en ecos de alegría
vieren hoy nuestros labios en el Salve, María !

שָׁלוֹם לְךָ מִרְיָם
לְוֵסֶת עֲבֹדָתִי

La sedeña paloma del plumaje de nieve,
pico y pies de granate, de cándido andar leve,
ojos de hondo mirar, y un poderoso vuelo
que en ímpetu de alas la arrebató al cielo,
vio descender un Ave de luz que le traía
~~el fruto inexpressible de la eterna alegría~~
Sol que sacó al ambiente de su noche sombría.

Madre! Madre sin par de un Dios en el regazo!
Cinta de amor que anuda con misterioso lazo
la Soberana Esencia a la efímera sombra
de la vida fugaz que pasa y no se nombra .
Madre : inquietud, desvelos, renunciación, cariño
para ese inquieto numen, para ese fresco niño
que en el taller opaco del padre carpintero
doraba la pobreza de aquel rincón severo .

Crecido, escapa un día de la casa paterna.
Zozobra, inútil busca, desolación materna.....
El párvulo doctor se hallaba entre rabinos
descifrando a los ^{sabios} doctos, oráculos divinos.
Vela después la sombra sus rútilos destellos.
Al lado de sus padres ~~pasó~~ sujeto a ellos
dijo el Libro, y fue todo ! .

Crece Jesús en tanto
y con silencio augusto séllase el vivir santo
del Ungido que aguarda oculto, ignoto, ausente,
la soberana hora que hizo eterno el presente .
Su madre que sabía la misión del profeta,
vela por El, de lejos, amorosa, discreta .
Sólo en Caná le pide que su poder ostente,
y, a su ruego, los odres con agua de la fuente
mudan sus pobres linfas al conjuro divino :
a quien plasmó los mundos qué es cambiar agua en vino ? .

Y el drama al fin. La madre junto a la cruz nudosa
de que pendía el mártir con su alba faz radiosa
doblada sobre el pecho; con los mechones flavos
tintos en sangre ; manos y pies fijos con clavos .
La glacial lividez - heraldo de la muerte -
el callar presagiaba del corazón inerte.
Al olor de la sangre los chacales surgían
con ojos coruscantes y desaparecían,
y en negras espirales, los buitres carniceros
ávidos oteaban sobre los tres maderos

La tímida amistad espiaba a distancia,
blasfemaba la ira, rugía la ignorancia,
y Ella, al pie de la cruz, oraba y padecía
viendo escribir con sangre la vieja profecía .
Y oyó la voz dolida con que El llamó a su Padre,
y el gemido amoroso cuando la dijo : Madre !
en el canje filial con Juan..... y la fue dado
escucharle al clamar . Todo está consumado !

No fina así la gloria del maternal destino;
allí comienza, oh Virgen, tu devenir divino.
El Tabor es tu trono . Tu paloma de fuego
torna al mundo a alumbrar el espíritu ciego
y la llama vivaz que el Cenáculo encierra
ha veinte siglos lame la curva de la tierra .
En tí se cierra el círculo del numanal misterio.
Eva nos dio dolor, rompes tú el cautiverio.
Símbolo de tu sér, las bíblicas figuras
te anuncian desde el fondo de páginas oscuras
que tu vida esclarece, y en mística teoría
preludian en sus rasgos tu excelsa primacía .

Sara concibe a Isaac contra una ley constante;
Rebeca, junto al pozo, capta al rendido amante
que por Jacob extiende la gloria de su raza;
otra, Miryam se nombra y en castidad se abrasa;
+ hermana de Moisés ~~h~~ la virginal pureza
fue su pasión. Si Débora levanta la cabeza

y lucha bajo el sol, anuncia la ardentía
de quienes, a tu amparo, van a la lid bravía .
Rut , Noemi, Abisag, Abigaíl piadosa,
Judit , la que liberta, Ester la reina hermosa,
fueron místicas gemas de lumbre fascinante
que al mundo predijeron tu reino de diamante .

Por Cristo Redentor fuiste corredentora.
Tu maternal regazo las gracias atesora
con que colmas de gozo las almas elegidas,
y tu seno fecundo sigue for^Mando vidas
con el soplo de Dios, no de carne doliente :
sino de luz, de amor que sacia eternamente .
panal inagotable de perennal ventura
que vierte sobre el labio sus grumos de dulzura .

Maestra dadivosa de la ciencia divina,
tú sabes cómo punza la terrenal espina
y el bálsamo prodigas para calmar su encono .
Por gratitud, el hombre te alza en su pecho un trono
y a tu piedad entrega los giros de su suerte .
Se te invoca al nacer, se te llama en la muerte.
En tu loor destellan los mágicos altares.
Pasa tu blanca sombra sosegando los mares
y en la cresta más agria de los montes, cintila
como faro en la noche, tu amorosa pupila.
Donde la ^Fe te llama, tu rostro ~~se~~ alborozaba:
tú fuiste a Covadonga, Lepanto y Zaragoza.

Todo humano sentir de gloria, de amargura,
de esperanza, de anhelos, encarna en tu figura.
Embriágase el artista, de tu beldad : te siente
en el color, palpitas en ónix resistente ;
roba el músico al ángel la voz con que te canta
y te tributa el dulce trinar de su garganta.
Buzo de acerbos mares, va a la gruta escondida
y tu albo cuello ciñe de perlas, el lirida .

En místicos jardines extáticas, serenas
cruzan cándidas vírgenes por prados de azucenas,
en la muda elación de un ensueño dorado .
No cesa de pasar el cortejo sagrado
y en efluvios, la paz de suprechojse exhala,
Como ángeles que posan han recogido el ala.
Son la grácil falange que hacia Tí se encamina
a zaga de las huellas de tu planta divina.
Tú las ardes de amor, tú las mulles de rosas
el sendero nupcial, y ágiles mariposas,
conducen la plegaria del labio floreciente
a la celeste Reina que con mano indulgente
derrama fértil lluvia de tesoros sin nombre
en que mudó las preces de esas hijas del hombre .
Tú das al escultor de su propio destino
gracia para labrar el primor marfilino
de sü alma, y confortas al vigilante atleta
de la virtud, en lucha contra la carne inquieta .
Con brasas de pasión al apóstol inflammas

para que en el martirio sonría entre llamas,
y al torvo y contumaz que a tu voz no responde
le envías suave aroma . él no sabe de dónde,
hasta que en fausto día tu compasión le lleva
a Tí que le conquistas para una vida nueva .
Tu mano es el apoyo del trémulo mendigo
a quien el hombre duro le niegue pan y abrigo,
y al pequeño sin mimos ni arrullos en la cuna,
tú le aduermes a besos, hada de la fortuna ! .

Anfora de belleza por un Dios burilada
para asilar al Verbo en su forma humanada,
todo es en Tí medida, perfección y portento :
cuanto de hermoso existe bajo el mar, sobre el viento,
en la tierra, en la comba de la rútila esfera,
es la sombra fugaz de tu gracia hechicera .
Paradigma y corona de lo bello posible
El hombre sólo alcanza tu resplandor visible
Junta tu sér angélico y como humano, tierno,
lo terrenal divino, lo femenino eterno ! .

* * *

EN ESTA y en las páginas anteriores aparece, en facsímile, el borrador mecanográfico de la composición Mater Christi, por Guillermo Valencia, "Dedicada respetuosamente al Excmo. Señor Arzobispo de Popayán, Dr. Juan Manuel González". Está fechada en Popayán, en octubre de 1942. Por tanto, es quizá el último poema de gran aliento escrito por el Maestro Valencia. Después de este, solamente escribió el soneto a su nieta Halma con ocasión de la primera comunión de ella, y otras composiciones menores.

El poema Mater Christi está incluido en las Obras poéticas completas de Valencia, publicadas con prólogo de Baldomero Sanín Cano, en Madrid, Aguilar, 1955 (tercera edición), págs. 624-630.

Este original —con la dedicatoria manuscrita, algunas correcciones dentro del texto y una nota marginal en hebreo— perteneció al poeta Carlos López Narváez y hoy es de propiedad de la señora Julia Casas viuda de López Narváez, a cuya gentileza se debe esta reproducción.



GUILLERMO VALENCIA. — Dibujo a lápiz de López Ruiz.

Propiedad de la señora Julia Casas de López Narváez.

LOS POETAS COLOMBIANOS

A GUILLERMO VALENCIA

A VALENCIA

I

(*En su vida*)

Castellano genial del pensamiento
a quien el mundo intelectual admira,
sobre la gama de tu inmensa lira
el Arte triunfa al resonar tu acento.

Al expresar oculto sentimiento
cuando la diosa del dolor te inspira,
tu viejo amigo, el "Puracé", suspira
y grave calla al escucharte el viento.

Mas no eres solo cumbre de armonía,
eres acción, empuje, gallardía,
todo un magno poeta, todo un hombre.

Y más alto que el ápice del Ande,
a la patria inmortal haces más grande
con el blasón egregio de tu nombre.

Ceñidle, al fin, de olivos la noble y ancha frente
y que derrame lumbres de claridad serena,
bajo el latino roble gustad la sacra pena
y que su flor sature de aromas el ambiente.

Jamás el lloro exangüe de la perla de Oriente
tendrá el cansado brillo que en sus ojos se ordena,
ni el diamante que enjoya la recóndita vena
arderá con el fuego de su mármol doliente.

Oíd la flauta jónica de su voz que redime
la mudez de la piedra y la dulce dulzura
que en el vaso de ébano en cenizas se oprime...

Y al olvidar su fábula de múltiples destellos
soñad con la virgínea visión de la blancura
como a su ritmo de oro las tribus de camellos...

ANTONIO LLANOS.

II

(*En su muerte*)

Tal angustia sentí con tu partida
que al conocer su realidad, en vano
quise expresarme: un áspid inhumano
se anudó a mi garganta dolorida.

Cuando quiero avivar tan honda herida
miro la foto en que tu noble mano
grabó fraterna la palabra "hermano",
cual dón genial que enalteció mi vida.

Hoy callas en la tumba, te siento
vivir: tu poderoso pensamiento
fulge en las almas con glorioso rastro.

¡Arde en brasas de sol tu claro nombre
y si la Vida honraste como hombre,
la Muerte alumbras convertido en astro!

VALENCIA

Apolo, el padre excelso de las nueve doncellas
que encarnan el Ensueño, la Gracia y la Armonía,
hizo reunir sus hijos a dialogar con ellas
en su palacio etéreo donde florece el día.

En copas diamantinas formadas con estrellas
brindaron con el néctar que llaman ambrosía;
en medio de las ninfas más gráciles y bellas,
a todos los poetas, Apolo sonreía...

Allí se congregaron Homero y Garcilaso,
Virgilio, Byron, Hugo, Rubén Darío y Tasso,
Zorrilla y Espronceda, Lamartine y Coppée...

De golpe uno de ellos notando la presencia
de un bardo que llegaba, gritó en alto: — ¡Valencia!
Y todos los poetas se pusieron en pie...

ALFREDO GÓMEZ JAIME.

RICARDO NIETO.

CANTAN AL MAESTRO VALENCIA

VALENCIA

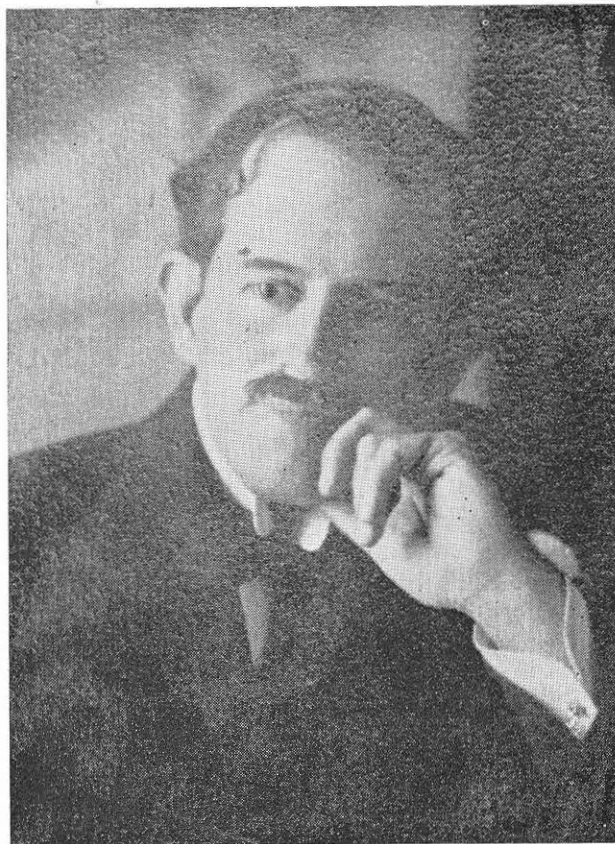
Para exaltar la gloria de tu vivir fecundo
que holló todas las cimas del pensamiento humano,
miremos asombrados a la región del mundo
en cuya Historia alternan lo divino y profano.

Como el divino Ciego, en un salmo jocundo
a la ciudad ungiste con estro soberano;
Platón colmó tu mente para el pensar profundo,
y te legó Demóstenes su acento sobrehumano.

El semidiós del Avila, sus brazos invencibles
en ti el Píndaro hallaron, cuando al romper cadenas,
en su heroísmo hicieron proezas increíbles.

¡Por eso en el concierto de las glorias helenas,
en mármol del Pentélico, los cielos impasibles,
te verán bajo un pórtico de la inmortal Atenas!

GUILLERMO MUÑOZ COBO.



GUILLERMO VALENCIA

Cortesía de Gerardo Valencia.

A GUILLERMO VALENCIA

En su cartera de viaje.

Retornas hoy a la ciudad nativa
Donde artista te ungió la luz del día,
Donde es silvestre flor la poesía
Y no es el ave del amor esquiua.

Allá donde, por ser noble y altiva,
Una raza blasona su hidalguía,
Nuestro vivo recuerdo y simpatía
Te sigan en cerrada comitiva.

Volarán a las torres las cigüeñas
Para verte pasar. Bocas risueñas
El ¡hurra! gritarán de tu victoria.

¡Cuánto verde laurel en tu equipaje!
Tú que del rico, secular paisaje,
Fuiste el hijo mimado, eres su gloria.

GUILLERMO POSADA.

A GUILLERMO VALENCIA, PRÍNCIPE Y MAESTRO

Fue su muerte, no más, el fugitivo
preludio de alba eterna; fue el momento
del triunfador sobre el vital tormento,
ya para siempre de la LUZ cautivo.

Príncipe fue mental y sensitivo:
en el clamor, el himno o el lamento,
la noble excelsitud del pensamiento
al par del lauro le ciñó el olivo.

Arte, sapiencia, corazón y verbo
trocaban en torrente diamantino
de vida en g'loria el manantial acerbo.

Ternura varonil colmó su sino:
que si paganamente fue superbo,
humanamente supo ser divino.

CARLOS LÓPEZ NARÁEZ.

CORNELIO HISPANO

Cornelio Hispano, como se le conoció en su tiempo y aún figura en el mundo de las letras, es el seudónimo de Ismael López. Nació en Buga —“la ciudad de los jardines y de las cigarras”, según expresión del propio Hispano— el 1º de noviembre de 1880 y falleció en Bogotá el 4 de marzo de 1962.

Aprendió las primeras letras en el colegio de don Cristóbal Botín y doña María de Lenis y Gamboa; pasó luego a la Universidad del Cauca y finalmente hizo estudios de Derecho y Ciencias Políticas en Bogotá, donde se graduó el 20 de noviembre de 1905. Aquí, entre 1906 y 1908, dirigió la revista *Trofeos* en compañía de Víctor M. Londoño, de quien años más tarde publicó la obra literaria. Colaboró, asimismo, en muchas revistas de nuestro país y del exterior. En repetidas ocasiones ocupó cargos de carácter diplomático. Como escritor, al decir de Fernando de la Vega, Cornelio Hispano manejó “uno de los mejores estilos colombianos: vivaz, ático, deleitable”.

Hablando de sus antepasados, este ilustre letrado dice de sí mismo: “Soy un retoño de esos labradores, lo que fui siempre: un labrador en el silencioso campo de mi heredad y en el de la cultura humana, un pastor de sueños infantiles, un jardinero que cultivó su jardín”.

El Maestro Rafael Maya, en detenido estudio crítico anota lo siguiente:

Cornelio Hispano ha hecho un culto de la literatura griega. La frase ática fluye de su pluma con sabia espontaneidad. El símbolo antiguo asoma frecuentemente en su estilo y viste el pensamiento como de una clámide de largos pliegues. Ignoramos si conoce la lengua griega, pero en todo caso su inspiración es bebida en fuentes muy cercanas a los manantiales sagrados. Quizás haya sido conducido a ellos de la mano de Chénier, a quien proclama su maestro y su guía, y cuyo perfil dejó estampado en una medalla de fino timbre.

Y más adelante agrega el renombrado autor de *Alabanzas del hombre y de la tierra*:

Quando convierte los ojos hacia la tierra nativa, da la nota realmente personal. Este tocador de cítara, que arranca muy pocos aplausos en los festines paganos, logra seducir rápidamente al acercar a los labios la flauta pastoril, tallada en una caña de las riberas de su río. Las *Elegías* son un libro terrígeno, por cuyas páginas corre una savia abundante y fuerte que suele estallar en flores ricas del más puro aroma.

La labor intelectual de Cornelio Hispano como poeta, historiador y crítico literario quedó plasmada, entre otras, en las siguientes obras: *El jardín de las Hespérides*, *Leyenda de oro*, *Elegías caucanas*, *Historia secreta de Bolívar*, *Libro de oro de Bolívar*, *De París al Amazonas*, *En el país de los dioses*, *El centauro*, *Páginas escogidas de Renán*.

Como homenaje al maestro Guillermo Valencia en este mes en que se conmemora el centenario de su nacimiento, hemos creído oportuno traer el recuerdo que, en prosa tersa y elegante, nos depara la pluma de Cornelio Hispano, uno de los más fervorosos amigos y admiradores del insigne poeta payanés. *Guillermo Valencia, varón estético* es uno de los capítulos de la hermosa edición de *Kerylos: laudes de la belleza y del amor*, publicada en Bogotá en 1948.

«Este es un libro de acción de gracias — dice su autor — a todas las personas y a todas las cosas de la tierra, del cielo y del mar que, en mi paso por el mundo, me enseñaron algo o me brindaron amor, cariño, amistad, placer, ensueño; narración de un viaje sentimental en que me esforcé por mirar bien lo que recreaba mi vista y por escuchar atento lo agradable al oído. Es un libro con sabor de vida porque en él me busqué a mí mismo y descubrí que soy yo mismo».

GUILLERMO VALENCIA, VARON ESTETICO

De las dádivas recibidas de mis propicios Hados fue una de las más preciosas la amistad y hermandad espiritual de Guillermo Valencia, disfrutada durante casi toda mi vida. En los cincuenta años vividos en Bogotá, todos dedicados a estudios serios y al cultivo de las bellas letras, conocí, íntimamente o muy de cerca, a

los más sobresalientes políticos, literatos, poetas, profesores. Sólo Valencia me dejó la impresión de hombre superior, excepcional, representativo, de artista en máximo grado, de varón estético. Mis recuerdos de dos momentos culminantes de esa vida hacen destacar más su figura esplendente de creador de belleza.

Fue un domingo de mayo, segundo aniversario de otro de 1896, cuando bajo un cielo nublado, y ante un grupo silencioso de amigos y admiradores de Silva que en piadosa peregrinación rodeaban su tumba lejana, aislada, abandonada, Guillermo Valencia esbelto, pálido, fino, aristocrático, dejó oír, con acento de indecible dulzura, su oda *Leyendo a Silva*. Todavía entonces Bogotá y Colombia ignoraban la gloria que les había legado, a costa de su misma vida, el autor del *Nocturno* y fue allí, ante esa humilde sepultura y ese grupo de amigos conmovidos, donde el sucesor de Silva ascendió en el horizonte de la poesía colombiana para brillar allí, sin ocaso, con Jorge Isaacs y el autor del *Nocturno*.

Meses después Bogotá supo lo que es la gloria al escuchar a Valencia en el Teatro de Colón. Ni antes, ni quizá nunca, volverá a resonar ese recinto con tan delirantes aclamaciones:

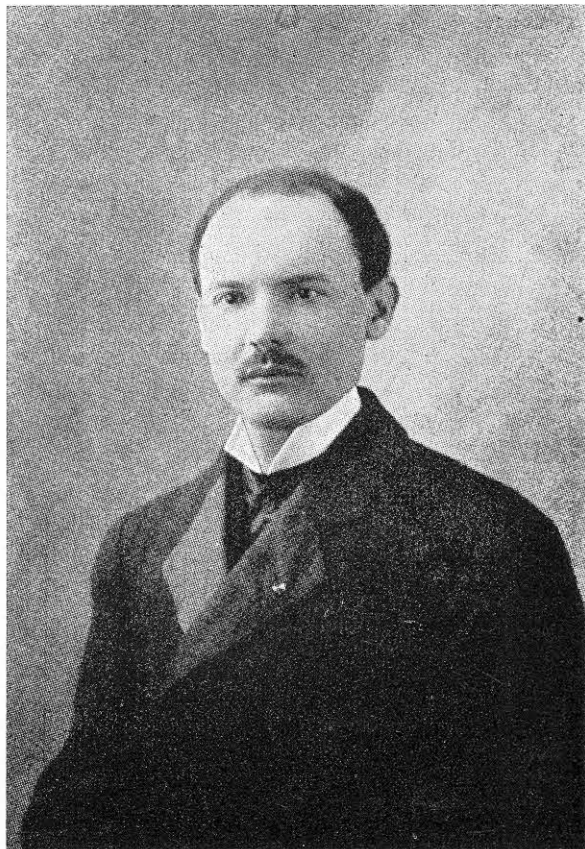
Un escultor ofrece — pulir la piedra como fino encaje — para velar un seno que florece — bajo la tenue morbidez del traje ...

El músico, doblando la cabeza — sobre la débil caja — de su violín sonoro, — dice la voz que de los cielos baja — como un perfume del jardín de oro ...

Aún parece vibrar en mis oídos — la voz de Emile Henry; ya bajo el hacha — iba a rodar su juvenil cabeza, — como la flor al soplo de la racha, — y exclamó: "*Germinal*"! — ... Y ese fue dulce al comenzar; renuevo — de razas de alto nombre. — ¿Quién me dirá si un huevo — es de torcaz o víbora? ... La mente — no sabe leer lo que en el tiempo asoma: — el hombre, como el huevo, — en nidos de dolor será serpiente, — en nidos de piedad será paloma!...

Esa noche Guillermo Valencia se ciñó él mismo en las sienas, como Napoleón la corona imperial, el lauro de la eterna poesía y se envolvió en la púrpura de los inmortales.

Varón renacentista fue Valencia por su talento libérrimo que le permitió abarcar el universo de las ideas y de las cosas, por la variedad y solidez de su ilustración apacentada en los más serios estudios, la vivacidad de ingenio e indeficiente anhelo de perfección, por el infalible gusto estético, la imponente dignidad y decoro de su persona en todas las circunstancias desde la primera, gallarda juventud, hasta la radiante senectud, y por haber dedicado toda su



CORNELIO HISPANO

actividad intelectual a lo más noble y elevado a que un mortal puede consagrar la existencia: a la Verdad, a la Belleza, a la Patria, a la Poesía, al Amor, al Arte, a la Amistad. Valencia fue el amigo por excelencia en el bello sentido que los griegos daban a esa palabra.

En todo mostraba señorío y alteza de corazón, y si por su aspecto inconfundible y su irresistible encanto personal atraía la atención de quien lo viera, no menos la conquistaba por sus ademanes de gran señor, benevolencia, suavidad casi femenina. Diríase que era un dechado de excelsitudes y excelencias que la Naturaleza se había complacido lucir en él. *He was a man, take him for all in all — I shall not look upon his like again.* Era un hombre en todo y por todo como yo no veré otro igual.

Nutrido de sabiduría clásica griega y latina, porque él, al revés de Cuervo y de Caro, no temió el contacto con los griegos sino que, antes bien, los estudió a fondo, los comprendió, los degustó y saboreó hasta admirarlos y amarlos,

desde la florida juventud, en que con *Cigüeñas blancas*, lo más puro, fluído y lírico de su obra poética, cantó al paganismo: *¡Oh paganismo!, que remozó los cuerpos y deleitó las almas; la Belleza muda, impasible, glacial, última diosa ornó de mirto el generoso griego;* cantó a Homero, *cuya melodía subió de su cantar hasta el Olimpo, al ciego manso cantor de lo divino* que marcha con la verde corona de laurel *asido al brazo mórbido de Helena;* cantó a Pigmalión, el escultor de su propio sueño de amor que ve surgir a la vida en forma de beldad esquiva en cuyos ojos *halla lo azul sin límite ni fondo;* cantó a Zeuxis, el pintor maravilloso de viñas, de pámpanos y de uvas tan provocativas que las picaban *bandas de pájaros golosos,* y vació en nuevo molde el retrato de la ninfa ausente de Anacreonte, cuya frente es *ara ebúrnea, luminosa y tersa;* la lumbré de sus ojos, *luz de carbones encendidos;* su faz de tintas ruborosas al parecer trazado por un pincel mojado en leche campesina donde se hubieran deshojado frescas rosas, y *el ágil talle immaculado y bello,* entrevisto desnudo a través de transparente púrpura.

Acrisolado en el placer y en el dolor de meditar, Valencia fue el nauta alerta y asombrosamente orientado en el mar del pensamiento, en el cielo de la poesía, en el paraíso del canto. Todos los pensadores, poetas trágicos y líricos del gran siglo de Fidias le eran familiares, porque como sus antecesores del *cinquecento* italiano podía leer a Homero en griego y a Virgilio en latín, siendo así más afortunado que Petrarca, que lloraba por no poder leer al ciego sublime en su propia lengua. Y a la sabiduría antigua unía la moderna y contemporánea. Ninguno de los letrados de su tiempo penetró tan profundamente en las obras de Goethe y de Nietzsche, de Winckelmann, Mommsen, Brandes, Renán, D'Annunzio, ni gustó con más delectación de las irisadas gemas de sus razonamientos, de las purísimas perlas de su estilo y divinas formas de su arte inimitable.

Y a semejanza de esos maestros, sus propios poemas, delineados y logrados con primor insuperable, brillan tanto por las exhalaciones del alma, por el suave, pero intenso sentimiento, como por las calidades de forma que los esmaltan; poemas de universal contenido y de sorprendentes reflejos e irisaciones en que alternan

la sedosa blancura de las cigüeñas con la púrpura de cabezas tronchadas de un tajo; las morbideces carnales de la linda pecadora del desierto o de la amada de todos con la castidad de esa hada regadora de nevados ramilletes de estrellas; el estrépito tumultuoso de los hijos de Anarkos con el perezoso andar de los lánguidos camellos de Nubia.

Poeta máximo, supremo artífice. ¿Clásico, parnasiano, alejandrino, romántico, simbolista? Todo a la vez, porque los poetas inspirados funden todas las modalidades, armonías, colores y matices de la belleza y del sentimiento a su alcance a la manera que para el Perseo fundió Benvenuto, en la febricidad de su genio creador, todos los metales preciosos que tuvo a la mano. Selectísimo espíritu enriquecido por las tradiciones heroicas y galantes de su suelo natal, por la savia de sus campiñas, el rumor de sus ríos, por el puro y relampagueante cielo payanés, por la fecunda ciudad maternal cuyos maravillosos atardeceres, que hacen destacar esplendorosamente la sierra occidental, pintan el valle, los bosques, las colinas, las cúpulas y campanarios de las más variadas y suntuosas orgías de luz. Su magnífica oda horaciana *A Popayán* es un magnífico espejo que guardará, siempre nuevo, ese cuadro humano, épico, bello, gracioso, deslumbrante.

Cuando este preclaro apolónida y afable maestro hablaba con sus amigos, sus frases y palabras, de timbre inolvidable, eran de una serenidad perfecta; nunca subieron de tono, como esas aguas vírgenes que brotan en los peñascales de las montañas sin turbar su silencio, y así también su prosa, sabrosa y sazónada, era fluída como agua de clara fuente. No obstante, sobre su avasalladora personalidad, dulce y apasionante, más de una vez saltaron en astillas los garrotes de los malsines, pero nunca contra ellos melló él su ínclito acero. A los hombres solares como Valencia, de su reciedumbre física y moral, no los oscurece la envidia ni la incompreensión. Ellos, empinados como los valientes cedros de las cordilleras, desdeñan las borrascas, y soberbiamente altivos como las águilas caudales dan en las estrellas con las alas.

Mi entrañable cariño y admiración sin límites por Valencia tuvieron la más firme y ancha base intelectual y moral. Desde 1898

hasta su despedida en 1943 vivimos identificados en la pasión por los más excelsos ideales humanos: la antigüedad griega; el renacimiento y los continuadores de esa transfiguración esplendente del hombre hasta los reflejos que siglos después, como de remotas estrellas, alcanzaron a llegar a nosotros en los genios, cargados de misterio, de Isaacs y de Silva. La magna oración que Valencia pronunció en Cali en 1937 para ensalzar al primero no podrá ser superada, ni los elogios en prosa y la oda con que esculpió y buriló a Silva para la inmortalidad. Y coincidencia admirable y para mí gratísima. A tiempo que Valencia, Víctor Londoño, el poeta y consumado artista que emuló con él en la placidez de las imágenes y en la admirable limpidez del verso, erigió también monumentos imperecederos a Isaacs y a Silva en elegías de peregrina virtud estética que tampoco serán superadas.

Para nadie menos que para mí ausentose Valencia, porque él vive conmigo no sólo en el indeleble recuerdo sino en el precioso tesoro

de treinta y ocho años de correspondencia íntima, amable, fraternal, y tan noble y digna que, si llegara a publicarse, el familiar o amigo más celoso de su memoria no podrían suprimir una sola palabra. Sus retratos, sus libros, un fauno de Dardé “esculpido en un nogal de su huerto”, un vaso de Murano, todo con la impresión de su cariño, me habla a cada instante del “inefable hermano en Apolo”.

Cuando el maestro Valencia se despidió de la dulce vida, que tan munífica fue con él, al clarear la aurora de un 8 de julio, sin duda se oyó ese inmenso ruido de alas que —decían los antiguos— precede a la desaparición de los más puros ejemplares humanos. Algo se va con ellos; algo va a sobrevivirles en el tiempo y en el espacio.

Cornelio Hispano

EN LA MUERTE DE GUILLERMO VALENCIA

¡Oh poeta que subes en triunfo hacia Olimpos ignotos dejando la tierra cubierta de gloria y de llanto!
Urnas tristes, columnas truncadas y mármoles rotos
no han de erguirse otra vez ante el soplo genial de tu canto.

Ya el rayo de Zeus provocó el sideral cataclismo,
en brumas de lágrimas se nubla el amargo oceano;
hay un desolado luto de banderas que ahonda el abismo,
las cigüeñas tendieron su vuelo con rumbo lejano...

Que las musas te acojan benígnas en su ático coro
y te ciñan la pálida frente de mirtos y rosas,
y a banquete de dioses te inviten y en copa de oro

coronada de nardos fragantes libes la ambrosía,
en tanto que escriben tu nombre manos amorosas
en el álbum de mármol y bronce de la patria mía.

Bogotá, septiembre de 1943.

ANTONIO FORERO OTERO

GUILLERMO VALENCIA

Sereno comandante de una flota de ritmos,
forjador incansable de bronces y de oros
que mezclan llanto y júbilo en impasible són.

Nadie supo del sitio en que él avizoraba
la urbe y el paisaje, la humanidad y el cosmos.
Su canción oscilaba de la roca a la flor.

Pastor a cuyo silbo corrían las imágenes
vestidas con las caudas más ricas. Las palabras
tenían en sus manos más pulpa y más olor.

En su paleta hubo colores aún sin nombre,
de su escuadra profética se alzaron las aristas
de una iluminada, vibrante arquitectura.

Para escuchar sus versos se pone de pie el alma,
al cerebro lo impulsan ráfagas de alegría
y en vez de sangre, vino recibe el corazón.

CARLOS DELGADO NIETO.

LA INFLUENCIA DEL MEDIO AMBIENTE EN LA CARRERA LITERARIA DE GUILLERMO VALENCIA

REPORTAJE AUTOBIOGRÁFICO DE GUILLERMO VALENCIA CON CAMILO CRUZ SANTOS

Durante varios días había estado en acecho de una oportunidad para exigir de la generosidad del Maestro una hora en la que pudiera conversar a mis anchas con él de ciertos aspectos de su carrera que todavía no son bien conocidos. A pesar de todo lo que acerca de Valencia se ha escrito, tanto en Colombia como en el extranjero, quedan algunas zonas inexploradas de su vida, a donde no han llegado ni los reporteros de ocasión ni los críticos profesionales.

Quienes conocen de cerca a Guillermo Valencia y la manera como se desenvuelve su vivir cotidiano, saben lo difícil que es para él disponer de una hora libre. No obstante su vida de gran señor, el Maestro es persona llena de ocupaciones de distinta índole, y puede afirmarse que apenas si dedica una mínima parte de su tiempo a disciplinas literarias. Tal vez en esto se fundaba él para decirme aquella noche:

— Yo nunca he sido un profesional de las letras; ni creo que éstas sean mi verdadera vocación. Hubiera preferido ser un buen general o un buen médico. Mis grandes admiraciones han sido Julio César, Aníbal, Napoleón, Bolívar...

En efecto, Valencia ha estudiado sus campañas con el interés de un jefe de estado mayor. Me hace notar entonces el mérito de la estatua de Julio César, obra del escultor alemán Hans Dammann, de la que tiene sobre el escritorio una linda copia:

— Observe Ud. — dice — cómo el artista logró fijar en el bronce las dos modalidades características de César: el lado derecho de la figura representa al conquistador, al domador de pueblos, al legislador, al *imperator* dueño del mundo; el otro, al hombre sensual, al epicúreo de vida refinada y muelle, al *Moechus Calvus*...

La interpretación del Maestro es exacta: el biceps desnudo de atleta descansa sobre la mano que César afianza vigorosamente sobre la rodilla derecha, sobresaliente y firme, y parece simbolizar la acción en momentáneo reposo, la voluntad enérgica y pronta, el dominio supremo; en tanto que el brazo izquierdo, apoyado con abandono en el puño que apenas se cierra sobre el flanco, en el comienzo de la pierna floja, danle un aire un poco afeminado de patricio libertino.

Valencia continúa:

— Mi espíritu es esencialmente crítico, y para mí la parte más interesante de la medicina es la diagnosis, y para ello se necesita ante todo

ser un buen crítico. Cuando estuve en el Senado en 1909, pude comprobar por mí mismo cómo esa facultad de análisis, aplicada a casos patológicos, es natural en mí, y que mi diagnóstico: «un supernutrido, sufre de albuminuria», coincidía exactamente con el que había hecho al enfermo un eminente clínico.

Volvimos a hablar de su afición a los hombres y a las cosas de guerra, principalmente acerca de Napoleón. El Maestro recordó entonces aquella página de Los orígenes de la Francia contemporánea, en la que Taine dice en elogio de Bonaparte: «No pensaba en palabras, como los demás hombres, sino en actos». Después volvió a rodar el palique sobre César, y Valencia se dirigió en línea recta al sitio de la Biblioteca en donde estaba De bello gallico, y empezó a leer una página de Los comentarios, traduciendo sin vacilar aquel latín elegantísimo, desesperación de los estudiantes de último año de latinidad.

— ¿Qué importancia — le pregunté — concede Ud. al círculo familiar y al medio ambiente en la formación de su personalidad literaria?

— Decisiva. Mi padre era un hombre de gran cultivo intelectual y mi madre era muy aficionada a las letras y a las artes y hasta hizo algunas composiciones poéticas para felicitar a sus amigas en los cumpleaños, y escribía cartas muy bien escritas. Era una mujer de tan exquisita sensibilidad, que murió de pena dos meses después del fallecimiento de mi hermana Dolores, muerta a los 17 años de edad. Cuando ocurrió esta desgracia en nuestro hogar, mi madre se reclinó en un sofá diciendo: «esta pena me mata». Y no volvió a moverse de él hasta que hubo que conducirla a ella misma al lado de la hija...

Creo que mi temperamento poético se lo debo a mi madre; así como a mi padre el amor al orden, al método y a la claridad y precisión en el concepto. También debo mucho de mi iniciación literaria a mi hermano mayor, Antonio, quien tuvo una educación clásica, de modo que le eran familiares los escritores latinos del Siglo de Oro. Antonio tenía grandes dotes oratorias; su elocuencia era vibrante y gustaba de los grandes períodos castellanos al estilo de Granada, a quien han llamado «el Amazonas de la lengua castellana». Gustaba

también de analizar verso a verso y frase a frase los pasos literarios que más le interesaban. Y en ese trato constante, en esa conversación asidua, de que formaban parte mi padre, Joaquín Valencia, Joaquín Rebolledo, Carlos Albán, Hermógenes Cajiao, el filósofo cínico, y mi hermano Antonio, fui aquilatando mi gusto literario y afirmando mi vocación poética.

Mi padre leía muy bien, era un gran lector. En casa se leía cotidianamente en voz alta, y él hacía leer a mis hermanos comentando después el capítulo leído. La biblioteca de mi padre era selecta, y en ella encontraba pábulo nuestra sed de conocimiento y mi infinita curiosidad intelectual, de que los años no han logrado curarme.

Al llegar aquí juzgo oportuno decir algo más acerca del doctor Joaquín Valencia, padre del poeta, a quien él rinde, hasta donde la modestia se lo permite, el homenaje de su gratitud filial por el papel importantísimo que jugó en la formación de su espíritu y de su carácter.

El doctor Joaquín Valencia, al decir de sus contemporáneos, fue un varón ilustre: eminente juriconsultor, matemático distinguido, filósofo, conocedor avanzado de las lenguas latina, inglesa, francesa e italiana. Cuando murió, don Sergio Arboleda dijo de él en la clase de Derecho Canónico de la Universidad del Cauca: «Con el doctor Joaquín Valencia ha perdido Colombia uno de sus mejores juriconsultos, y el partido conservador su primera cabeza». Era un civilista formidable, orador de grandes arrestos tribunicios, conversador interesante y discreto, varón lleno de dignidad y de respeto propio, pulcro en el vestir, como en todas sus cosas, austero, prestantísimo. Tenía el decorum de los romanos.

—¿Fue muy severo y estricto con ustedes?
—inquirí al Maestro.

—Mi padre era un hombre de costumbres tan austeras y rígidas, que siendo ya mis hermanos mayores de edad, jamás se atrevieron a fumar en su presencia, y tenían que estar en casa a las siete de la noche, hora en la que invariablemente se cerraba el portón. Era amigo de la ironía y solía emplearla como correctivo tanto en el trato con sus hijos como con sus discípulos. Una vez, siendo mi padre Rector de la Universidad del Cauca, el portero se quejó ante él de que los estudiantes habían hecho en uno de los cuadros negros la caricatura de la flaca y caduca humanidad porteril. Mi padre comprobó por sí mismo el desaguisado, y dirigiéndose a los alumnos responsables, los



GUILLERMO VALENCIA CON SUS HERMANAS JUÁNITA, DOLORES Y MERCEDES.

amonestó de esta suerte: «Les suplico, caballeros, que en lo sucesivo se abstengan de pintar muñecos tan parecidos al portero...».

El doctor Joaquín Valencia fue también Rector del Seminario de Popayán, que en aquellos tiempos tenía mucho prestigio como centro cultural.

Guillermo Valencia puso fin a las reminiscencias acerca de su padre, con esta frase enorme, dicha con la más engañosa naturalidad: «Mi padre fue un hombre que hizo las cosas ordinarias extraordinariamente».

—¿Cómo hizo usted su primera aparición en público?

—Fue en 1888, cuando tenía 15 años, en una repartición de premios del Seminario, en la que me tocó pronunciar un discurso en nombre de mis condiscípulos. Aquellos actos revestían una gran solemnidad. Y con esa memoria portentosa de Valencia, recita este párrafo:

Traspase Sesostris los términos de su dominio, derrame sangre en mil combates, unza al carro de su triunfo a los enemigos vencidos, llámese rey de reyes

y señor de señores, no quedará de él más que un triste recuerdo, flaca momia encerrada en la tumba de su orgullo, y de su pueblo más que la arena del desierto. *Erit Aegyptus in solitudinem* (Isaías).

Confiesa que esa oración fue un gran triunfo juvenil, y agrega:

—Entonces se bifurcó mi espíritu y se afirmó mi vocación. Estudié lo que me gustaba: historia, retórica, latín, griego, francés, y abandoné lo demás. Como tenía entonces una memoria colosal, me aprendía una epístola de Horacio en cinco minutos. Leía muchísimo. Vivía con los bolsillos llenos de libros: Heródoto, Plutarco, Polybio, Tácito, Tito Livio, Suetonio, Dion Casio, Veleyo Patérculo, Pomponio Mela, Mommsen... Me aprendí de memoria todos los nombres propios que Menéndez y Pelayo cita en su *Historia de las ideas estéticas en España*.

A los que no hayan oído ponderar la retentiva de Guillermo Valencia esto les parecerá inverosímil, pero no lo es: el Maestro sabe de memoria todos sus poemas y otros muchos, y cuando llega el caso, los recita sin omitir una coma. Sin embargo, él se queja de que ya no posee la memoria formidable de su primera juventud, arguyendo:

—Para que la memoria sea realmente admirable se requieren tres cosas: que sea pronta, fiel e indefinida. A la mía le falta el tercero de estos requisitos.

La segunda aparición de Valencia en público, y su segundo triunfo, fue el discurso académico que pronunció en el acto de clausura de las tareas en la Universidad del Cauca, acerca de «La influencia de la Iglesia Católica en la Edad Media», en representación de la Facultad de Filosofía y Letras. Debía tener entonces entre 17 y 18 años de edad. Esta pieza oratoria lo consagró en las aulas, poniéndolo en el camino de la celebridad.

Por esa misma época obtuvo Guillermo Valencia un gran éxito de carácter popular. Con ocasión de un 20 de Julio, un fogoso orador liberal, Manuel Barona, ocupó la tribuna y, dejando a un lado el panegírico de los próceres que en tal efemérides se estilaba, increpó duramente a los conservadores por la dureza con los vencidos, y su peroración se convirtió en una vehemente catilinaria contra el Régimen. La plaza estaba llena de gente y los partidarios del gobierno se miraban unos a otros sin saber qué hacer. Cuando el orador descendió de la tribuna, Valencia subió audazmente, e improvisó una oración más fogosa y elocuente que la de Barona, en defensa del partido conservador, que le mereció una ovación. Este fue, pues, su estreno como orador político.

Para celebrar el 20 de Julio de 1893, el Gobernador del Cauca abrió un concurso con tres temas. Va-

lencia concurrió al certamen y obtuvo la medalla de oro correspondiente al primero, Biografía de don Joaquín Mosquera. El Obispo don Juan Buenaventura Ortiz, escritor galano y orador elocuentísimo, pronunció una oración en elogio de dicha pieza, así como del discurso académico, mencionado anteriormente; escribió, además, un estudio crítico acerca de este último.

Poco después terminó Valencia sus estudios de abogado, pero no se graduó. Sin embargo, posteriormente la Universidad del Cauca le concedió el diploma de «Doctor en Filosofía y Letras».

Intenté dar un nuevo giro a la conversación, iniciando una serie de preguntas:

—¿Cuál prefiere usted de los clásicos latinos?

—Julio César, responde sin vacilar. Su latín es elegantísimo. Admiro a Horacio y me gusta mucho el latín en que está escrita, por ejemplo, su *Epístola a los Pisones*. Algunos alaban a Tácito, como estilista, pero yo encuentro que abusa demasiado de la elipsis y que es oscuro. Decididamente, no hay latín como el de *Los comentarios*. Además, Cicerón considera a César como el mejor de los oradores de su tiempo.

Confirma este aserto leyendo la página que aquel dedica a los discursos de César, y agrega:

Otros ilustres contemporáneos opinaban lo mismo. Julio César es uno de los genios más grandes que ha producido la humanidad.

—¿Cuáles son para usted los mejores prosistas castellanos?

—Jovellanos, Luis de Granada, Juan de Mariana y Baltasar Gracián.

—¿Y de los franceses?

—Voltaire, Renán y Teófilo Gautier.

—¿De los poetas castellanos contemporáneos, a cuál admira usted más?

—A Rubén Darío. Una de sus composiciones que más me gusta es aquella que principia: «Era un aire suave, de pausados giros». Hay en ella una estrofa divina:

La marquesa Eulalia, risas y desvíos,
daba a un tiempo mismo para dos rivales,
el vizconde rubio de los desafíos
y el abate joven de los madrigales.

Y agrega:

—En ese cuarteto está encerrado todo el siglo XVIII...

—¿Cuál fue su primera composición poética?

—El soneto titulado *Decadencia*, que aparece en *Ritos*, junto a otras poesías escritas del 97 al 98. Después, *Ovidio en Tome*; la tercera, *Cigüeñas blancas*; la cuarta, el soneto *Esfinge*.

No resisto a la tentación de insertar aquí el soneto con que Valencia hizo su aparición en los dominios de Apolo:

DECADENCIA *

En el paterno muro, condenada
de avaro olvido a la venganza muda,
al cordón polvoriento que la anuda
se enreda la panoplia abandonada.

Largo reposo aletargó la espada
y el casco viejo de cimera ruda;
lima el tiempo la daga que, desnuda,
contuvo al paladín de sien crinada.

¡Pasó la noble estirpe! El hijo enclenque
trueca en establos lo que fue palenque,
las hojas de Damasco en asadores,

y ve impasible — pues luchar no pudo —
caer deshecho el abollado escudo
del orín a los tajos vencedores!

—¿Cuál es el que ama más de sus poemas,
o el que considera mejor?

—*San Antonio y el centauro*. Lo escribí bajo la inspiración de una lectura en latín de la vida de San Pablo Eremita, por San Jerónimo. Desde el punto de vista del concepto ese poema trató de esbozar un paralelo entre la belleza estética del mundo pagano, con sus divinidades, sus héroes, y el culto voluptuoso de las formas, frente al fundador del cristianismo y a la grandeza ética de éste. El léxico es escogido, abundante en imágenes que aspiran a la plasticidad y en muchos de cuyos pasajes con un *mínimum* de recursos idiomáticos, se ha tratado de producir una vasta emoción sosegada.

—¿Tardó mucho en escribirlo hasta obtener la forma definitiva?

* De corte severamente clásico, pero con sensaciones y matices nuevos, este soneto no parece la obra de un estudiante de retórica y poética — Valencia lo era entonces —, sino el fruto en sazón de un artífice del verso, que nunca supo de titubeos ni de flaquezas. Su primera realización es ya magistral.

— Dos mañanas, hasta donde dice: «¡Un dios más bello muestra que Apolo y Citera!». El resto, en ocho mañanas.

—¿Cree haber logrado la verdadera finalidad del poema?

— Sí creo.

—¿Hacer más adorable a Grecia?

— No, a Cristo.

Ambos sonreímos, y continué interrogándolo:

—¿Y después de San Antonio y el centauro?

— El canto *A Popayán*. Por varias razones: por la profunda emoción con que fue escrito, como homenaje a la ciudad natal. Quise cantar sus glorias valiéndome de ritmos clásicos, de los mismos con que Horacio entonó su canto secular a la grandeza del pueblo romano. La escogencia de este metro, el hexámetro, era de suyo un compromiso, que aparejaba grandes dificultades por razones técnicas en la vida fonética de las dos lenguas, como por la escasez de sílabas en la castellana. Para evitar la sequedad inherente a la falta de consonantes regulares, apelé al agudo de dos sílabas, que en el léxico poético aprovechable es muy limitado también. El esfuerzo sintético para captar en formas precisas, obligadas y breves, los atributos físicos y morales de la ciudad cantada. El empeño constante que anima todo el canto por que éste se mantenga en una atmósfera de elevación y soberbia grandeza**.

** En este canto egregio a la Ciudad Fecunda hay una peculiaridad, que no debe pasar inadvertida, porque demuestra hasta qué punto un gran poeta puede apartarse de los preceptos de la poética, y hasta contrariarlos algunas veces, sin que por ello la composición pierda nada en vigor ni en belleza. En efecto, Guillermo Valencia inicia así su oda a Popayán:

« Ni mármoles épicos, claros de lumbres y coronas,
ni muros invictos, que prósperos hierros defiendan,
y guarden leones de tranquila postura triunfal,
ni erectas pirámides — urnas al genio propicias —
magníficamente tu fama dilatan, sonora,
con voces eternas, fecunda ciudad maternal! ».

Todos los conceptos son negativos; pero la introducción del canto es tan solemne, las cláusulas tan llenas de nervio, majestad y elegancia, que el crítico, cautivado por la evocación y la exquisitez verbal, olvida que, técnicamente, una oda no debería principiar negando, ya que su índole es esencialmente afirmativa, y que no parece posible que el bardo logre dar la impresión de grandiosidad de la ciudad, cuya exaltación ansía, si comienza por negarle atributos de grandeza.

He aquí una demostración práctica, de cómo los genios de la literatura no son los que mejor acatan las reglas tradicionales, sino los que crean nuevas normas estéticas.

El maestro continúa haciendo la crítica de sus propios poemas. Procuero refrenar mi curiosidad para no interrumpirlo.

— En mi primer poema, *Cigüeñas blancas*, me propuse hacer una visión simbolista, a vuelo de pájaro, de muchos tópicos que habían inquietado mi espíritu. En ese poema la unidad, lo mismo que en el vuelo del ave, reside en la continuidad del impulso impelente, y no en el desarrollo cronológico, o en la colocación ordenada y metódica de los conceptos, de la propia manera que el aviador desenvuelve intensiva y extensivamente su itinerario aéreo, que le permite hacer la síntesis desde las alturas de la variedad e incongruencia de los paisajes que contempla al pasar. Esto para explicar la falta de concatenación y de unidad de la visión de que algunos filisteos han tachado al poema.

Me hace notar también la justeza y la riqueza de las imágenes dentro de la tiránica acentuación y limitación de las estrofas.

Como el Maestro no demostrara ninguna preferencia por su poema Los camellos, me permití observar que Fitzmaurice Kelly, eminente profesor de literatura castellana en la Universidad de Oxford, había hecho un fervoroso elogio de la perfección de ese poema, llegando hasta decir que en la más bella de las poesías de Oscar Wilde no había ni la mitad de la exquisitez verbal que en Los camellos. Me dijo que, en efecto, Sanín Cano le había escrito de Londres hablándole de ese concepto altísimo por venir de una grande autoridad en asuntos de nuestra literatura española, y agregó luego:

— Mi orientación literaria la debo a Sanín Cano. El me enseñó mucho, mucho más de lo que se puede imaginar. Sanín Cano es un fecundador de cerebros. Es un grande amigo mío; ¡es la lealtad hecha hombre!

Decía esto con cierta emoción, como cuando recordaba la influencia que sus padres habían tenido en su vocación literaria: con profunda convicción y bajo el influjo de un sentimiento de gratitud manifiesta. Fueron las dos únicas veces que observé emoción en él, pues los rasgos característicos de su temperamento son la ponderación y la ecuanimidad. Hasta en su vida es un parnasiano. Parece que tuviera instintivo horror al énfasis. En las conversaciones que he tenido con él, tanto en la tranquilidad sonriente de sus campos de Belalcázar, como en su biblioteca de Popayán, solos, o en presencia de otras personas, he observado que Guillermo Valencia no recurre a ninguna de las precauciones habituales en la conversación para cautivar la atención de sus interlocutores. Por lo

contrario, parece que las evitara adrede. Su tono de voz es siempre bajo y suave. Esto podría atribuirse tanto a su refinamiento espiritual y social, como a la costumbre de ser escuchado con vivo interés, casi con devoción, por todo el mundo. Acontece con frecuencia que dice con una absoluta naturalidad conceptos originales y hondos, frases bellas o ironías sutiles, que a veces suelen tomar desprevenidos a sus oyentes, a fuerza de la misma sencillez con que son dichos.

De ahí la dificultad para reconstruir ahora esta conversación de hace varios meses. Ese escollo no es, sin embargo, el único, ni siquiera el principal. Al releer lo escrito tengo la certidumbre de que sólo una mínima parte he podido traer a él del caudal de información y de doctrina estética que escuché entonces de labios del Maestro. Queda, sí, el aporte de algunos datos inéditos para una biografía interesantísima que está por hacerse, y que ojalá tuviera alienos para escribir.



GUILLERMO VALENCIA pronunciando su discurso ante la tumba de Pedro Nel Ospina, en Medellín, el 28 de abril de 1929.

LA CREACION POETICA EN «CATAY»

El sentimiento es hijo de la capacidad emotiva y estética del traductor, que origina entonces una verdadera palestra entre pares: de poeta a poeta.

GUILLERMO VALENCIA.

RAZÓN DE ESTE TRABAJO

Catay no ha merecido, que sepamos, un estudio detenido de la crítica, tal vez por tratarse de una traducción de segunda mano, con siderada por muchos un simple entretenimiento del autor, como parece haberlo indicado él mismo en el ameno e irónico prólogo que escribió para su libro.

Sin embargo, la sutil belleza de estos versos, el hecho mismo de estar basados en una traducción en prosa a la que dio el traductor una adecuada y transparente forma castellana y el ser una manifestación de una exquisita sensibilidad del poeta, que libre de ornamentos, nos lo muestra en una nueva faz de su personalidad artística, dan a *Catay* un puesto de especial importancia en el conjunto de la obra de Valencia.

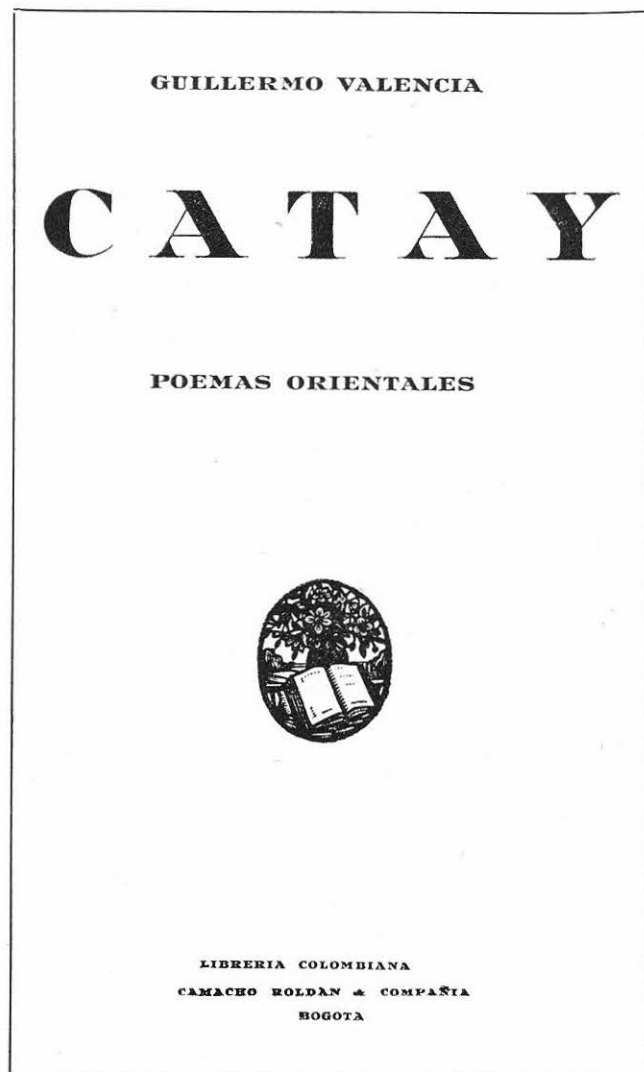
EL ARTE DE TRADUCIR

“Ningún texto es enteramente original, dice Octavio Paz, porque el lenguaje mismo, en su esencia, es ya una traducción”. “Cada traducción es, hasta cierto punto, una invención, y así constituye un texto único”¹. En relación con el original, una versión puede ser denotativa o connotativa, sea que se busque la fidelidad, como en el caso de un texto científico, o se pretenda la equivalencia, como cuando se traduce un texto poético. Para el traductor artístico el poema es su objeto cultural de inspiración, del mismo modo que el autor tuvo un objeto natural para inspirarse. Estos dos objetos no se excluyen, pues lo cultural se mezcla con la emoción primigenia, para producir la obra de arte.

Parafraseando un concepto de Charles Sanders Peirce, citado por Roman Jakobson en su

¹ Traducción, imitación, originalidad, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, enero-febrero de 1971, núms. 253-254, págs. 7-16.

ensayo *Lingüística y Poética*, cuando los recursos verbales no son ostentosos, y es el caso de los poemas chinos, el lenguaje suele ser un vestido casi transparente que no puede ser completamente quitado, pero sí sustituido por algo que sea igualmente diáfano.



PORTADA INTERIOR DE «CATAY»
Bogotá, Editorial Cromos, 1929.

En este tipo de poesía, el texto primitivo, como objeto cultural, se da para el traductor sin el apoyo que puedan ofrecerle los hallazgos formales o las metáforas continuadas, como en los poemas parnasianos, o el símbolo que transforma la realidad, como en los poetas simbolistas.

La poesía sin ornamentos, ofrece pues, al traductor, como estímulo y ayuda la poesía misma, y obliga a su intérprete a cubrirla con un lenguaje tan depurado, que no alcance a desvirtuar la sencillez de sus símbolos. La dificultad de verter este tipo de poesía en otro idioma es mucho mayor cuando su texto se nos da en prosa, materia que por su precisión semántica puede ser tela burda que oculte la ambigüedad poética.

Existe una sustancia como patrimonio natural y cultural del hombre, sustancia que es indiferente al fenómeno artístico, ya que puede captarse de muy diversas formas. Una puesta de sol es un fenómeno que puede ser objeto de un estudio científico, de un cuadro o de un poema y ser interpretado de distintas maneras por distintos pintores o poetas.

“Aprender a hablar es aprender a traducir”² y el poeta es el traductor de un simbolismo universal, de acuerdo con la visión que de él tuvo Baudelaire.

Cuando un poeta escoge una poesía para traducirla, existe ya algo en común entre los dos poetas. En cierto modo, ambos han hecho una traducción ideal de ese simbolismo universal y ambos tratan de expresarlo en el mismo poema. Pero esto no implica una identidad de expresión, sino una sensibilidad afín que está sujeta en cuanto a su manifestación a dos circunstancias ineludibles: las diferencias idiomáticas y la personalidad distinta del poeta y del traductor.

“En lenguas distintas los hombres dicen las mismas cosas”³, pero no pueden decirlas de idéntica manera. Por eso en las obras completas de un poeta se incluyen sus traducciones, porque cada traducción es, hasta cierto punto, una invención, y así constituye un texto único, como lo ha observado Octavio Paz. Este mismo ensayista cita una afortunada frase de un estudiante francés en relación con

los traductores: “aunque se oculten detrás de los textos, si verdaderamente los han comprendido, estarán hablando de sí mismos”⁴.

VALENCIA COMO TRADUCTOR

Esta idea de que la traducción poética se asemeja a la creación poética, que la crítica moderna ha estudiado con profundidad, fue sostenida por el mismo Valencia en varios escritos, al explicar sus propias traducciones.

“Traducir equivale casi a producir”, dijo el Maestro en la defensa de su traducción de la *Balada de la cárcel de Reading*, concepto que la crítica moderna ha llevado al campo lingüístico como una afirmación que excluye toda relatividad.

Al defender la fidelidad de sus traducciones, Valencia afirma que el traductor “está sometido, lo mismo que el pintor, a la imposición del modelo. Puede hasta velar imperfecciones que no desvirtúen el carácter, pero la anatomía debe ser respetada”⁵. No obstante este principio de fidelidad al modelo, en varias ocasiones anotó la dificultad de ceñirse a él y la inconveniencia de hacerlo: “Frente a una lengua radicalmente distinta de la propia, hay que llamar a concurso todas las reservas idiomáticas llevándolas a tal estado de fusión que permitan vaciarlas en los moldes originales, a su antojo plasmados por el autor que usó de toda libertad para esquivar como quiso las dificultades de expresión, ya retrocediendo en el concepto, ya modificándolo en vista de una rima selecta, ya adaptándolo a otra; mientras que el traductor da de bruces contra el obstáculo insalvable, definitivo, desafiante”⁶. Y con mayor precisión estableció el carácter creativo de una traducción poética, al afirmar: “Hay que apelar a todos los recursos del léxico para seleccionar las formas que entreguen el sentido auténtico del verso de la estrofa”. “Antes que el metro elegido, priman para el resultado: la comprensión del poema y la intensidad para sentirlo”⁷. Es, en el fondo, la misma tesis de Octavio Paz, a que hice

⁴ OCTAVIO PAZ, *ibidem*.

⁵ Réplica de Guillermo Valencia a don Lope de Azuero, en *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, junio 10 de 1921.

⁶ GUILLERMO VALENCIA, *El vengador de Wilde*, Popayán, Modesto Castillo, 1936.

⁷ *ibidem*.

² OCTAVIO PAZ, *ibidem*.

³ OCTAVIO PAZ, *ibidem*.

alusión, cuando dice que la traducción poética es una operación análoga a la creación poética, solo que se despliega en sentido inverso.

Por eso encontramos entre las traducciones de Valencia verdaderas recreaciones, y su obra como traductor no puede ni debe juzgarse por la mayor o menor fidelidad al texto original, a veces lograda en forma extraordinaria, sino en cuanto esa fidelidad muestra una verdadera equivalencia poética con el original.

Valencia fue el traductor afortunado de los poetas parnasianos y simbolistas, pues contenido y forma en estos poetas correspondían al espíritu de su poesía original. "Cuando se vierte a Heredia o a D'Annunzio, escribe, cuyos versos prolijamente labrados son verdaderas joyas, el mismo pulimento, la exigencia aristocrática del vocabulario original ayudan al traductor". No obstante, su traducción de *Pánfila*, de D'Annunzio, como observa Sonja Karsen, es más bien una recreación del tema expresado en el original⁸.

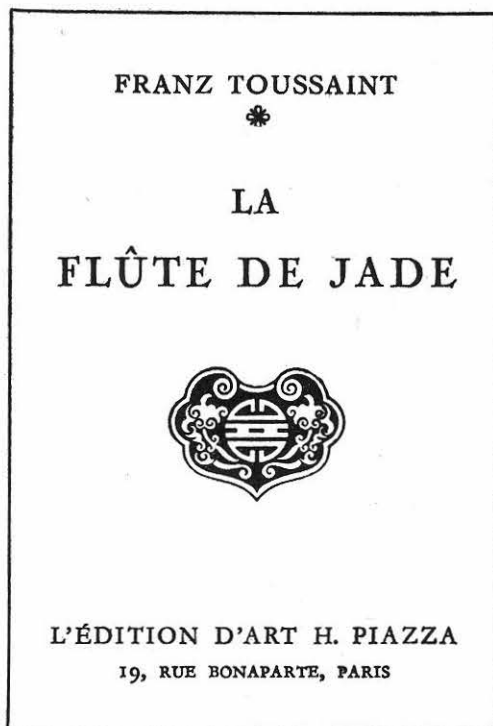
Los modernistas americanos asimilaron los principios de los maestros franceses, pero les infundieron nuevas características. En Valencia, el rigor clásico de su formación lo hizo moderado en el elemento decorativo y claro en su simbolismo. El exotismo, el cosmopolitismo y el arcaísmo fueron, más que un camino para alejarse de la realidad, como en los simbolistas, un marco cultural para expresar ideas y sentimientos.

EL ORIENTALISMO EN VALENCIA

Opina Mireya Camurati que los simbolistas buscaron "desrealizar" la realidad, de mediatizarla en beneficio del símbolo. La importancia del objeto, lugar y tiempo al que se refiere el poema queda anulada. Tanto da que sea cercana como distante. El exotismo y el arcaísmo fue una forma de alejarse de una realidad desprestigiada e invalidada. El ambiente casi pueblerino en que los modernistas americanos vivían, al no satisfacer sus necesidades intelectuales, hizo que en ellos floreciera con mayor vigor que en sus maestros franceses el exotismo, que Mireya Camurati define como lejanía de la realidad en el espacio⁹.

⁸ Guillermo Valencia, *Colombian poet*, por Sonja Karsen, Hispanic Institute in the United States, New York, 1951.

⁹ MIREYA CAMURATI, *Notas a la obra de Julio Herrera y Reissig*, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, noviembre de 1972, núm. 269, págs. 303-316.



PORTADA DE LA EDICION DE 1947

En Valencia, la sugestión del Oriente fue notoria, sobre todo en su última época, como lo demuestran *Catay* y los poemas originales sobre temas árabes, que cierran este libro.

En el prefacio a la traducción en prosa que hizo Angel J. Battistessa de *La Flûte de Jade*, de Franz Toussaint¹⁰, dice que en la segunda mitad de la centuria pasada, para los escritores de Francia, China se había convertido en algo así como el dechado de los países fascinantes, y hasta Baudelaire, cuando porfiaba por evadirse de una realidad precisa, imaginaba, para mayor sortilegio, la posibilidad de una China ideal, arquetípica y acorde con sus anhelos. Y cita este fragmento de uno de los poemas en prosa del gran lírico francés: "¿Conoces esa enfermedad que se apode-

¹⁰ ANGEL J. BATTISTESSA, *La Flauta de Jade, según la traducción de Franz de Toussaint*, 2ª edición, Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft Ltda.

ra de nosotros en nuestras frías miserias, esa nostalgia del país que se ignora, esa angustia de la curiosidad? Existe una comarca que se te parece, en la que todo es hermoso, rico, tranquilo y honesto, donde la fantasía ha construido y decorado una China occidental, donde es agradable respirar la vida, donde la felicidad se desposa con el silencio. ¡Allá es donde hay que vivir, allá es donde hay que morir!". Este sentimiento de Baudelaire corresponde muy bien al momento en que Valencia tradujo los poemas chinos recogidos en *Catay*. Las vicisitudes políticas, las flaquezas de los hombres, el desencanto, debieron hallar en esa poesía fina y delicada, en ese país simple y profundo que expresaba con sencillez casi "ingenua" sus sentimientos, el lugar ideal en donde "la felicidad se desposa con el silencio".

Dice Sanín Cano en la adición que escribió a su prólogo de *Ritos*, para las *Obras poéticas completas* del Maestro: "exploró otros horizontes, contempló serenado otras lejanías y llegó a entregarles a sus contemporáneos fragmentos cordiales de su sensibilidad que antes había guardado para sí y para sus más dilectos amigos"¹¹.

La edición de *La Flûte de Jade* de Franz Toussaint impresa en 1947, que es la única que he podido consultar, muy posterior a *Catay*, incluye ciento setenta traducciones en prosa de otros tantos poemas chinos, de los cuales trasladó Valencia al español, noventa y nueve¹². Una selección cuidadosa de lo traducido en prosa por Toussaint, debió preceder a la escogencia de los poemas, en los que el texto francés, dice el Maestro, "suministró las líneas que intenté velar con los colores de mi paleta castellana". Pero, ante todo, Valencia se apresura a advertir en su prólogo que "Este librito no marca una reacción en mí. Ni es un programa". ¿Por qué esta advertencia? Tal vez porque, como lo afirma Sanín Cano, "el poeta Valencia, por delicadeza, por refinamiento

mental, guarda para sí sus íntimas sensaciones personales". Porque el hecho mismo de traducir estos poemas estaba mostrando a unos lectores acostumbrados a ver en él al poeta de altísimo vuelo, maestro de la forma y de la imagen fulgurante, una faz íntima de su sensibilidad, que en cierto modo contradecía su trayectoria literaria.

Pero, precisamente, y debo citar una vez más a Sanín Cano, el símbolo es en Valencia un refinado modo de expresar sus conceptos sobre la vida y los hombres. De ello hay constancia en sus apólogos, en su versión de la Naturaleza, en sus íntimas relaciones con poetas como Hofmannsthal, en sus traducciones de poetas chinos y en su predilección por la poesía de Oriente.

La irónica alusión que hace Valencia en el prólogo de *Catay*, a las modernas escuelas poéticas, hace ver que no escapó al poeta, cómo esa antiquísima poesía, vertida por él al romance castellano, correspondía a una nueva sensibilidad poética, que en cierto modo lo actualizaba ante las generaciones nuevas.

La comprensión de esta poesía china por parte de Valencia no es simplemente literaria. No corresponde a ese preciosismo chino que invadió a Europa en el siglo XVIII a través de una serie de objetos delicados y graciosos, más o menos auténticos, ni a un deliberado y postizo exotismo.

El análisis que hace de esa poesía en el prólogo de *Catay* señala, más que una comprensión de tipo intelectual, un acercamiento del traductor a la esencia de estos preciosos poemas.

Para un poeta nutrido en un concepto de la poesía asentado en bases de un intelectualismo refinado, fruto de una larga evolución cultural y literaria, los poemas chinos debían parecerle, desde el punto de vista de su estructura, "fórmulas de ingenuidad pueril". Pero esos repetidos símbolos los halló "cargados de sentido", hasta el punto de que "su simple enunciación basta para sugerir todo un mundo de ideas y sentimientos".

En la versión en prosa de *La Flûte de Jade*, hecha por Battistessa, éste juzga así este conjunto de poemas: "Quien dice *flauta* alude ya a la trémula y sugeridora melodía de este instrumento, por la que discurren paisajes eglógicos, quejumbres pastoriles y pertinaces, es-

¹¹ GUILLERMO VALENCIA, *Obras poéticas completas*, Madrid, Aguilar S. A. de Ediciones, 1952.

¹² FRANZ TOUSSAINT, 1879, *La Flûte de Jade*, París, L'Édition d'Art H. Piazza, 1947.

Otras obras de FRANZ TOUSSAINT, son: *Chants d'amour et de guerre de l'Islam*, 1942; *El jardín de las caricias*, traducciones del árabe, versión castellana de Pedro Laínez Varela, Buenos Aires, 1939; *Poemas moriscos*, traducción al francés de textos españoles del siglo décimo, 1911; *Le philosophe débauché*, París, 1946, y *Sentiments distingués*, París, 1946.

tremecidos parloteos". Y, más adelante, concluye: "Así el título se comprende, y con el título, el entero contenido del libro".

Valencia, por su parte, observa: "La delicadeza constituye el principal encanto de la poesía china, y es en ella condición vital característica". No hace alusión a la musicalidad de estos versos, porque la musicalidad es suya, y se desprende necesariamente de lo que Valencia llamó "el aroma de los cantos originales". Forma y fondo están tan íntimamente unidos en las traducciones del Maestro, que casi nos es imposible concebirlos en una traducción diferente.

ALGUNAS NOTAS SOBRE LOS POETAS TRADUCIDOS

De las noventa y nueve poesías recogidas en *Catay*, 30 son de Li-Tai-Po, 15 de Tu-Fu y las restantes de poetas diversos.

Es interesante observar que en la edición de *La Flûte de Jade* de 1947, no aparecen los nombres de los autores chinos, mientras en *Catay* figuran estos poetas, con pocas excepciones, con los años aproximados de su nacimiento y de su muerte. Sin conocer la edición en la cual basó Valencia sus traducciones, no es posible afirmar que esa labor erudita haya sido fruto del poeta payanés, pero bien puede conjeturarse, dada la personalidad del Maestro, que, en una u otra forma, debió buscar una aproximación a las fuentes mismas de la poesía que tradujo en prosa francesa Franz Toussaint.

Esta conjetura puede hallar un apoyo en su predilección por la poesía de Li-Tai-Po y de Tu-Fu y las excelentes versiones que hizo de Wang-Wei.

El momento melancólico que vivía Valencia cuando escribió *Catay* y *Job*, era especialmente propicio para sentir la poesía de los tres autores chinos.

Li-Tai-Po pasó en la melancolía la mayor parte de su vida: "Desenvainó la espada para cortar el agua, pero el agua corre más cada vez; alzó la copa para ahuyentar la tristeza, pero la tristeza aumenta todavía más". Por otra parte su poesía es semejante a la occidental y es de naturaleza extraña al temperamento chino; el

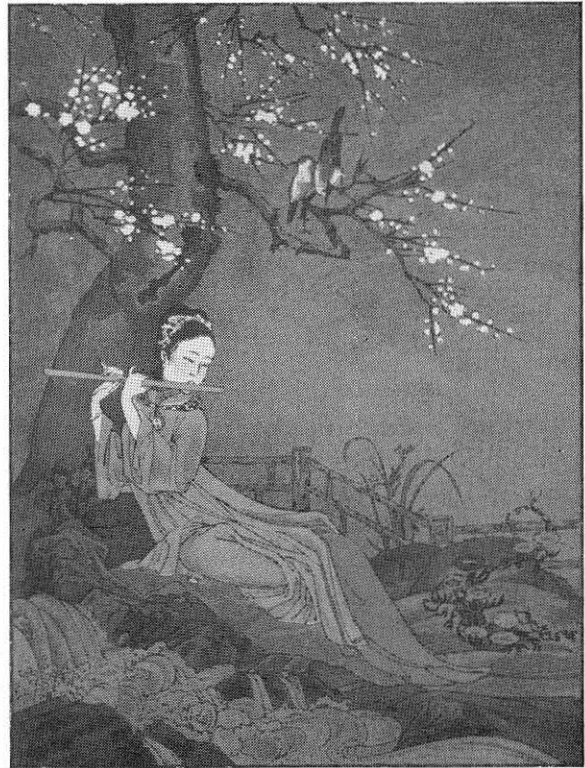


ILUSTRACIÓN QUE ADORNA LA EDICIÓN DE 1947
DE «LA FLÛTE DE JADE» POR FRANZ TOUSSAINT.

ardor de su inspiración poética no se encuentra en ningún otro poeta de su país. Sin embargo fue tenido en China por el "Genio celeste".

Tu-Fu fue, como Valencia, un político desencantado, después de una larga trayectoria en la vida pública. Como en el Maestro, su estilo fue elegantísimo y selecto y el sentimiento lleno y real. El espíritu que anima su poesía es completamente confuciano.

Wang-Wei fue el gran poeta de *Wu-yen* (cinco palabras). *Wu-yen* es una poesía de cuatro versos que riman el segundo con el cuarto, con rima facultativa entre el primero y el tercero. Su ánimo sosegado y contemplativo acoge el fluir de las impresiones en una especie de feliz impasibilidad. En su poesía, el sentido del todo es expresado en unas cuantas insinuaciones sugestivas. Wang expresa el espíritu budista.

En los poetas chinos el mundo de la naturaleza forma los mas variados significados alegóricos: flores, plantas, pájaros, nubes, viento, cada cosa tiene su contrapartida e ilumina

na siempre una verdad más profunda de los valores humanos puros y nobles¹³.

LA CREATIVIDAD EN «CATAY»

Los conceptos que aquí se han expresado o transcrito acerca de la creatividad en las traducciones poéticas, tienen un señalado ejemplo en *Catay*. Valencia comenzó por no apropiarse el título del libro de Toussaint. El nombre de *Catay*, que dio a sus traducciones, sugiere más que la flauta de jade, esa visión mítica de Oriente que recibimos del legendario Marco Polo. Detrás de estos poemas Valencia vio múltiples panoramas distantes. Y vio también, al escoger el romance para su traducción, “la forma que tradujo el sentimiento puro, natural y efusivo de nuestra raza”, vinculando así los viejos textos chinos a la tradición española.

Valencia parece haber captado bien, no sólo el espíritu general de la poesía china, sino el particular de los poetas que tradujo, no obstante ser una versión de segunda mano. Veamos rápidamente tres muestras de versiones de los poetas de cuyas características nos hemos ocupado:

De Li-Tai-Po:

Como un sable, el río Tsu hendió de un tajo
el dorso colosal de la montaña.
¿Flota un dorado junco sobre el río?
Es la luna que se alza.

(De paso, esta estrofa equivale en su forma castellana al *Wu-yen*, cinco palabras, de que se habló anteriormente).

De Tu-Fu:

¡Qué noche de alegría!
Fulge tu vieja lámpara
sobre mi mesa. ¡Nos volvimos viejos!
Niñez y juventud, ¡qué pronto pasan!

Esta amistad antigua,
Cheng-Tsé, vale un tesoro.
Estamos en la edad en que el pasado
perfuma aún más que lilas en el soto.

Por último, un fragmento de Wang-Wei:

Usa un listón de mimbres
para fijar el casco,

cuando parte a la guerra
el valeroso Tchao,
mas un arnés de oro
lleva sobre el caballo,
y al pasar, en la noche,
piensan que cruza un astro.

Valencia, desde luego, al traducir en verso el texto en prosa de Toussaint, tuvo que crear la forma poética adecuada a cada uno de los poemas traducidos. Aun cuando predomina el romance en el conjunto, como lo advirtió el poeta, “por traducir el sentimiento puro”, acude a diversos metros y formas estróficas y aun a caprichosas combinaciones libres.

Este esfuerzo formal indica una vez más la creatividad en estas traducciones y lo que hay de original en ellas, pues forma y contenido suelen corresponderse en forma cabal, y aun puede observarse que los metros escogidos están acordes con la peculiar expresión de cada poeta.

Nada en los textos en prosa de Toussaint ayudaba al traductor castellano, a no ser la similitud idiomática. Como lo observa el mismo Valencia, “a veces el concepto es tan trivial de suyo y va expresado en frase tan pedestre, que uno se siente cohibido y opta, al fin, por sacrificar la distinción a la fidelidad”.

Pero cualquier poema, escogido al azar, nos hace ver cómo supo recrear en forma armoniosa y exacta esos conceptos que en sus versos dejan de ser triviales, o esas frases pedestres; tomemos como ejemplo el poema *Écoutez!* que Valencia traduce con el título: *La canción del tedio*.

Dice el comienzo de la traducción en prosa de Toussaint:

Seigneur, tu nous offres encore du vin? Ne le verse pas tout de suite dans nos tasses. Je viens de réfléchir, et je veux parler. Rassure-toi! Je serai bref:”

Dice la traducción en prosa de Battistessa:

Señor, ¿todavía nos ofreces vino? No lo sirvas de golpe en nuestras tazas. Acabo de reflexionar, y quiero hablar. ¡Tranquilízate! Seré breve.

Y Valencia traduce:

Señor, tú nos ofreces
más vino todavía;
aguarda: no lo viertas
en nuestras tazas finas,
mientras te canto el canto
de la Melancolía.

¹³ Datos tomados del *Diccionario literario* González Portobompiani, Barcelona, Montaner y Simón S. A., 1959.

Continúa la versión francesa:

Voici l'instant où les convives sont moins gais, où le rire hésite, l'instant où les danseuses chancellent, où les pivoines s'effeuillent. Voici le seul instant où le coeur parle avec sincérité.

Battistessa traduce:

Este es el instante en que los invitados se sienten menos alegres, en que la risa titubea; el instante en que las bailarinas se tambalean, en que las peonías se deshojan. He aquí el único instante en que el corazón habla con sinceridad.

La traducción de Valencia dice:

Es el propicio instante
en que se va la dicha
de nuestros invitados;
en que el reír vacila,
y yerran en la danza
las leves bailarinas,
y hasta las amapolas
sus cálices inclinan.

Y agrega dos versos que no están en el texto francés:

Es este el gran momento
para excavar ruinas,
en que mi pecho de hombre
sinceridad destila.

Podrían citarse muchos otros ejemplos, casi diría que todo el libro, para mostrar lo que hay de creatividad en la versión de Valencia. Los textos en prosa, tanto el francés como el español, valdrían como ejemplo de la traducción denotativa frente a la versión connotativa de Valencia.

A veces, el traductor payanés agrega hermosos versos que completan el original, o emplea palabras que agregan un nuevo matiz, habiendo podido traducir exactamente la palabra original. Un ejemplo lo hallamos en el poema *Adios*, que, por otra parte, es una de las traducciones más fieles del texto francés, y uno de los poemas más hermosos del libro. Dice Valencia:

Y nunca la estera
do me acariciabas,
vuelvas a arrollar:
deja a las arañas
que armen el telar
y tejan encima
de su soledad.



GUILLERMO VALENCIA con el general Pedro J. Berrío, en Medellín, 1928, iniciando una obra pública.

El texto francés no incluye la idea de soledad, con la cual Valencia acentúa el sentido de abandono y desolación del poema. Valga otro ejemplo: en *La canción desgarradora*, la expresión: “jovencitas que vais a casaros”, es traducida por el poeta con el verso “noviecitas de ojos púdicos”, lo que comunica un matiz de mayor ternura al poema:

Decidme ¿por qué lloráis,
noviecitas de ojos púdicos?
Acaso deis con un hombre
de corazón fiel y puro
que sinceramente os diga:
“Envejeceremos juntos”.

El texto francés dice:

Pourquoi pleurez-vous, jeunes filles qui vous mariez? Vous épousez peut-être un homme au coeur fidèle, un homme qui vous répétera sincèrement: “Nous vieillirons ensemble”.

Estas variaciones no solamente dan testimonio de la habilidad de Valencia como traductor sino de una exquisita sensibilidad que capta y glosa sin traicionar la delicadeza de tan fina poesía.

En algunos momentos el estilo propio de Valencia es reconocible en estas traducciones, como en el poemita titulado *Crepúsculo*. Tal vez esta descripción de un atardecer es de las menos afortunadas, por el metro escogido y por emplear en ella palabras que no se acuerdan bien con la sencillez de la poesía china:

De lo alto de la túrgida colina,
miraba sobre el lago tormentoso
asomar una barca peregrina,
vagar como mi sino tenebroso
y perderse después en la neblina.
Tras el perfil de la remota altura....

El adjetivo “túrgida”, el “sino tenebroso”, “tras el perfil de la remota altura”, “ondas teñidas en violeta intenso”, son expresiones que no corresponden a la índole de esta poesía.

Pero si no atendemos a este aspecto de la traducción, en *Crepúsculo* hay una creatividad evidente, versos afortunados, y una maravillosa captación de las metáforas originales del poema. Es curioso observar que el estilo y la sensibilidad del poema original de Valencia *Hay un instante del crepúsculo*, pequeña obra maestra del poeta, encajaría mejor que el *Crepúsculo* chino, en la colección de poemas de *Catay*.

Hay un aspecto en *Catay* que sorprende y encanta, y es su musicalidad. Versiones de un texto en prosa, que generalmente no trata de ser rítmico, compuesto de cortas frases que buscan sólo la precisión en la narración o en el concepto, los versos de Valencia dan a esta poesía una música íntima, un ritmo casi conversacional, pleno de emoción contenida, en que la índole de la poesía se subraya con la música. Un análisis estilístico de este libro, y especialmente de ciertos poemas, haría advertir una serie de modalidades en el verso, que llevan al lector, a través del ritmo escogido por el traductor, el ambiente exacto en que transcurre esta poesía frecuentemente descriptiva. Forma y fondo están íntimamente unidos, y lo nostálgico, lo tierno, lo desolado, lo plásti-

co, se expresan con la exacta cadencia y el preciso lenguaje que corresponden a la emoción del poeta.

El poema *Petite Fête* fue traducido por Valencia con el nombre de *Los tres* y lo expresó en cuartetos eneasílabos, un tanto juguetones, que están acordes con el espíritu del original. Es lástima que la rima lo hubiera llevado en dos ocasiones a emplear palabras que deslucen esta traducción: la una es el empleo del nombre de Diana, para designar la luna, lo que está fuera de lugar en un poema chino, la otra el uso del adjetivo “ducha” aplicado a la sombra, que sólo se justifica por la rima.

“La manera como se califica al poeta es sintomática de las ideas de una época” escribe Octavio Paz en *El arco y la lira*. La crítica al modernismo fue una crítica romántica por alejarse del localismo y del historicismo. La crítica moderna analiza al modernismo más como elemento temático que atendiendo a su significación de fuga hacia un ámbito universal.

Catay está diciendo la versatilidad de uno de los grandes poetas del modernismo, más extensa, si se considera su obra como traductor, que la de otros poetas de su época. Su curiosidad intelectual, su cultura y su poder de captación lo llevaron a traducir los más variados poetas. Pero *Catay* está mostrando, a la vez, que la sensibilidad poética de Valencia le permitía acercarse a la más pura y sencilla poesía. Que esa sensibilidad que en *Leyendo a Silva* se expresó con inocultable emoción, revestida con todas las galas de un verso bellamente ornamentado; que en *Aniversario* de Stefan George, se manifestó con la justeza elemental del sentimiento expresado; que en varios de sus sonetos tocó los lindes de lo romántico, podía también amoldarse a la depurada poesía en que los antiguos chinos repitieron una y otra vez los símbolos creados por ese pueblo milenario.

Un Valencia íntimo, nostálgico, soñador, familiar, que dio a la poesía colombiana una obra que quiso minimizar con un gesto de señorío, pero que una crítica justa debe valorar en lo que hay en ella de creación y de auténtica poesía.

GERARDO VALENCIA.



E
L
L
I
B
R
O
C
O
L
O
M
B
I
A
N
O

VALENCIA, ORADOR Y POETA

Con motivo del centenario del nacimiento del maestro Guillermo Valencia, el Instituto Colombiano de Cultura, dentro de la Colección Popular de la Biblioteca Colombiana de Cultura, ha publicado dos volúmenes que reseñamos a continuación:

Páginas inmortales de Guillermo Valencia. Corresponde este volumen al número 101 de la mencionada Colección Popular. Recoge algunas de las páginas más representativas de la oratoria del maestro Valencia. Aunque este ilustre exponente de las letras colombianas brilla principalmente como un verdadero artífice del verso, sin embargo, gran parte de sus escritos en prosa merecen realmente el título con el que se ha denominado el libro en referencia: *Páginas inmortales*.

El toque de su genio superó la vida efímera de los discursos en general, que se hacen para tantas ocasiones, y que son prontamente olvidados.

Gracias al Instituto Colombiano de Cultura hemos tenido la satisfacción intelectual de releer estas páginas del maestro Valencia y de apreciar su expresión artística, en el más noble contenido de la palabra escrita.

Poemas de Guillermo Valencia. Este es el volumen 102 de la nombrada Colección Popular. Se trata de una antología que recoge las mejores poesías del ilustre poeta payanés. En este volumen se reproduce al comienzo el prólogo que escribió Baldomero Sanín Cano para *Ritos*, la obra poética por excelencia del maestro Valencia. En este escrito Sanín Cano hace un breve pero completo estudio de la vida y de la obra del autor de *Anarkos*. Se reproduce, igualmente, la carta dirigida por Valencia a D. Juan Manuel Abello, en septiembre de 1898, la que aparece como prólogo de la primera edición de *Ritos*.

Esta selección poética pertenece a diferentes épocas y estilos del Maestro Valencia, lo cual nos permite valorar toda la belleza y universalidad del lenguaje poético que le fueron connaturales a este ilustre payanés.

En manera alguna queremos agregar nuestro elogio a los múltiples y sustanciosos que ya se han escrito en torno a la obra de Valencia. Nos limitamos, simplemente, a remitir al lector a este libro, que sin duda alguna constituirá un venero de la más exquisita y delicada expresión poética.

MARIO FORERO VILLEGAS.

VALENCIA, GUILLERMO, 1873-1943.

Páginas inmortales. Discursos. [Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1973].

166 p., 1 h. 16½ cm. (Biblioteca Colombiana de Cultura. Colección Popular, 101).

I. Literatura Colombiana - Discursos. I. Título.

C866.4

VALENCIA, GUILLERMO, 1873-1943.

Poemas. Selección de Josefina Valencia de Hubach. [Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1973].

147 p. 16½ cm. (Biblioteca Colombiana de Cultura. Colección Popular, 102).

I. Literatura Colombiana - Poesía. - 2. Valencia, Guillermo - Biografía. I. Sanín Cano, Baldomero, 1861-1957, pról. - II. Valencia de Hubach, Josefina, comp. - III. Título.

C861.4

AQUELLA BELLA EPOCA...

CASTILLO, EDUARDO, 1889-1938.

Aquella bella época ... Bogotá, Edit. Revista Colombiana, 1973.

219 p., 1 h. 17 cm. (Colección Populibro, 56).

I. Castillo, Eduardo. - Crítica. - 2. Literatura Colombiana - Memorias. I. Carranza, Eduardo, 1913- pról. - II. Título.

C864.4

En el mes de mayo del presente año, dentro de la colección de autores colombianos denominada Populibro que se publica en esta capital bajo la acertada dirección de doña María Ángela Martínez de Gómez, vio la luz, con el título *Aquella bella época* ..., un hermoso libro de la pluma del poeta y escritor Eduardo Castillo.

Se trata de una serie de amenas evocaciones y gratos recuerdos del famoso autor de *El árbol que canta*, que fueron publicadas en el *Suplemento Literario Ilustrado* de *El Espectador* de Bogotá, entre los años de 1926 y comienzos de 1928.

“Estas evocaciones de Eduardo Castillo — se dice en la presentación editorial del libro en referencia — destacan, no sólo por su valor testimonial sino por el dominio del idioma, el buen decir, el despliegue de la riqueza de la lengua castellana, la brillantez en los términos, todas aquellas cualidades que definen al escritor”. Y concluye la mencionada nota del editor: “Valga este recuerdo como un homenaje más a Guillermo Valencia de cuya brillante personalidad surgió la obra poética más completa que existe en Colombia”.

Esta nueva entrega de Populibro, que corresponde al número 56, trae un expresivo prólogo de Eduardo Carranza en torno a la personalidad de Castillo, en el que señala los atributos de que hizo gala como poeta, traductor, crítico y prosista de vigoroso y refinado estilo.

Sobre esta última cualidad nos anota el prologuista:

La prosa está tejida de gracia, de seducción evocadora; es vital y sanguínea. Y Castillo revela aquí dones sorprendentes de narrador. Con rápidos trazos crea un ambiente, una situación; dibuja un alma, define un estilo, pone en pie a una persona viva y activa. Y, a veces también, la punzada irónica, la buida intención, el rasgo caricaturesco. Y en estas páginas henchidas de jugos culturales, de historia vivida, amada y soñada, Castillo va dejando su estética como una secreta circulación de pensamiento, como un aire meditabundo que circulara entre las palabras.

El libro que nos ocupa está dividido en dos partes: *Evocaciones y recuerdos de la vida literaria y Guillermo Valencia, íntimo*. De esta última desprendemos el breve capítulo que se reproduce a continuación, de un sabor netamente evocativo, autobiográfico podemos decirlo. Recuerdos que, en todo caso, están íntimamente ligados a la vida subyugante y maravillosa del maestro Valencia. Pero antes de hacerlo, creemos oportuno transcribir el mensaje que Valencia dirigió a Eduardo Castillo, desde Popayán, el 1º de enero de 1927. Dice así:

Carezco palabras expresarle mi gratitud por ese monumento de cariño que está erigiendo a su pariente y amigo que tanto quiere, que tanto admira, que tanto anhela saberlo feliz. Su afecto hame visto a través de lente ensanchadora y munífica. Quisiera ser como usted describeme. En esta casa que lo añora hay siempre un lugar tibio para usted, noble amigo, y un homenaje sincero para el artista sin igual. Abrázolo.

Vuelvan, pues, al cabo de los años y gracias al “amoroso cuidado” de Hernando Castillo y Alfonso Castillo Gómez estas páginas ciertamente inmarchitables, de las cuales emerge, en toda su plenitud, la figura señera, atractiva y anecdótica de Guillermo Valencia.

V. P. S.

GUILLERMO VALENCIA, ÍNTIMO

“Tengo más recuerdos que si hubiera vivido mil años”, escribió Baudelaire en alguno de sus libros. Pero no sólo los viejos tienen un pasado rico en recuerdos. Basta con haber vivido un poco intensamente para que, antes de que nieve sobre nuestras sienas, las memorias y las remembranzas pretéritas pongan en torno del espíritu ese cuchicheo misterioso que, en los melancólicos días de otoño, forman las hojas amarillas en las sendas de un viejo jardín abandonado.

Conocí a Guillermo Valencia por el año de 1903, poco antes de los días — nefastos para Colombia — de la separación de Panamá. Pasaba por la Calle Real vestido con la impecable corrección de un discípulo de Brummel o de D'Orsay cuando alguien me susurró al oído: "Mira, ahí va el autor de *Anarkos*". Yo sabía que me unían al poeta vínculos de sangre. Pero a pesar de eso me pareció un ser de esencia superior y envidié secretamente a quienes podían acercársele y verlo de cerca. Corrían entonces los días de su consulado juvenil, y compartía ya con Julio Flórez — otro dilecto de la Gloria — el principado de la lírica colombiana. Cada uno de los dos poetas, sin embargo, poseía su dominio propio. Flórez era un cantor democrático, nacido para expresar musicalmente las ansias y aspiraciones inexpressas del inmenso corazón popular. Valencia escribía solamente para un grupo restringido, y ya se había afirmado en él, por influjo de Zarathustra, ese aristocratismo radical que, a pesar de ulteriores agasajos a Calibán, ha sido siempre el fondo de su espíritu, como hombre y como artista.

Por aquellos mismos días, los dioses propicios me dieron ocasión de satisfacer uno de mis más vivos anhelos de adolescente aficionado a las letras: el de oír hablar, por primera vez, a don Miguel Antonio Caro. Discutíase en nuestra cámara alta el tratado Herrán-Hay, y el viejo paladín arremetía furiosamente contra el desdichado pacto. El señor Caro no era sólo un hombre elocuente: era la elocuencia hecha hombre. Dominaba con soberana agilidad todo el diapasón de la oratoria parlamentaria, desde el soberbio arrebató lírico que galvaniza las almas hasta el chascarrillo picante que define gráficamente un hombre o una situación. Sus frases hacían pensar en el *sermo galeatus* de Crisóstomo; desfilaban bardadas de hierro, en actitud de reto y de combate. Y su empuje era siempre irresistible. Guillermo Valencia comparó al señor Caro, orador, con uno de esos colosales superdreadnuths de las armadas modernas que, con su mole de acero, inspiran la idea de algo formidable, anonadante. No fue esa impresión de fuerza brutal lo que la dialéctica del señor Caro produjo en mí; fue la de una fuerza espiritual capaz de adelgazarse y sutilizarse hasta lo infinito, pero dotada de una tremenda potencialidad fulminadora. De ahí el terror que inspiraba a sus adversarios cuando, con algo del felino andar de un león, se paseaba por el recinto del senado. Su famoso pañuelo de yerbas y su caja de rapé ya no hacían sonreír al público. Se hubiera dicho entonces que en torno de su cuerpo flotaban los pliegues majestuosos de la toga romana.

Pretendía yo a la sazón un puesto en la cámara de representantes, donde Guillermo Valencia ocupaba una curul. Pero otros postulantes más listos me ganaron de mano y mi empeño fracasó. Un amigo — si no recuerdo mal Clímaco Soto Borda — me indicó que el poeta payanés necesitaba un secretario particular, hábil en dactilografía. No sin timidez, me le ofrecí a Valencia para ocupar aquel empleo, y fui aceptado. Recuerdo la escena como si la hubiera vivido ayer. Eran las horas de la mañana y el poeta, que acababa de salir del lecho, estaba en *deshabillé*, cubierto con una capa corta que apenas le llegaba a la cintura.



GUILLERMO VALENCIA EN LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL DE 1929.

—¿Cómo se llama usted?

Le dije mi nombre y le di algunos detalles sobre mi familia.

—Es curioso — dijo el poeta. Tenemos un parentesco de sangre. Su abuelo paterno y el mío materno — don Fructuoso y don Bartolomé del Castillo — eran hermanos. Muy jóvenes todavía, escaparon de Cuba, de donde eran oriundos, para venir a alistarse en el ejército de Bolívar.

Desde aquella mañana, una afectuosa intimidad me unió con el máximo poeta de *Ritos*. Pude seguir su vida hora por hora y momento por momento. Durante las horas matinales, trabajábamos en sus habitaciones. Desde su lecho, a donde se hacía llevar los libros de consulta que iba necesitando, me dictaba los proyectos de ley que pensaba presentar o reconstruía, para su publicación en los periódicos, los discursos que había pronunciado ya. El instante era álgidamente dramático para Colombia y Valencia se hallaba en plena lucha contra la fracción parlamentaria que atacaba al gobierno del señor Marroquín y se oponía a la celebración del pacto Herrán-Hay. Su elocuencia entonces era de una suntuosidad y de un lirismo que se han ido atemperando con el correr de los años. Como el Imaginífico en el parlamento italiano, el poeta caucano habría podido ser en el congreso de nuestra



GUILLERMO VALENCIA SALIENDO DEL CAPITOLIO EN 1941,
ÚLTIMO AÑO EN QUE ASISTIÓ AL CONGRESO.

bárbara democracia “el diputado de la Belleza”. Aún recuerdo algunas frases suyas de aquella época, en la cámara de representantes, que merecen ser evocadas por su vivaz ingenio y su desusada elegancia.

Uno de sus contrincantes más temibles, en la cámara baja, era Oscar Terán, el representante de Panamá. Pecosó y cubierto de icterica palidez, su figura era poco simpática. Pero poseía una voz de timbre deliciosamente musical y rica en modulaciones que prestaba a sus palabras particular encanto. En una de aquellas sesiones candentes, en que Valencia se había mostrado para con él cáusticamente agresivo, Terán, airado, apostrofó al poeta y llegó a motejarlo de “grosero jayán”.

Valencia entonces se puso en pie irguiendo su cuerpo fino y elegante y respondió maliciosamente:

— Supongo que el honorable representante no se ha referido a mi textura física.

En otra ocasión le tocó medírselas con un representante antioqueño, literato de fama, dotado de una sólida cultura clásica, pero asiduo frecuentador de las viñas de Baco. Compartía este señor la creencia general de que el cantor de *Ritos* pulía sus discursos con sapiente minuciosidad de orfebre verbal, y, en un cho-

que contra él, sacó a colación la frase famosa del orador griego sobre los discursos que “trascienden a aceite”. La respuesta fue rápida y fulgurante como el rayo.

— Puede — contestó Valencia — que mis discursos trasciendan en realidad a aceite. Pero el honorable representante no es el llamado a vituperármelo. Todo el mundo sabe que se *alumbra* con alcohol.

A pesar de sus luchas políticas, y de los tremendos choques parlamentarios que día por día se veía obligado a sostener, el poeta no olvidaba el culto de las Musas. Por la época de que hablo me dictó, como ya lo narré en otra ocasión, varias composiciones en verso. Entre ellas recuerdo dos parábolas del hipotético poema *Zaratustra*, la del Monte y la del Pescador (esta última desgraciadamente perdida); la traducción de *Manos*, de D’Annunzio, y una versión del *Museo secreto* de Gautier, poesía finamente licenciosa en que el viejo Theo lamenta desenfadadamente que los escultores griegos, al esculpir en mármol la figura de las diosas y las heroínas, hubieran “desplumado las alas de la paloma de Venus”. Aún me cantan en la memoria algunos versos del original francés, entre ellos la famosa cuarteta:

Oh douce barbe féminine
que l’Art toujours voulut raser,
sur ta soie annelée et fine
reçois mes vers comme un baiser.

Esta traducción, extraviada también, no ofrecía la deslumbrante perfección de las otras versiones de Valencia. A mí, por lo menos, no logró convencerme nunca.

Más tarde, y durante los períodos en que fui su secretario, el poeta me dictó los tercetos a monseñor Carrasquilla y algunos de sus más aplaudidos discursos. La estupenda oración consagrada al general Uribe se halla vinculada, en mis recuerdos, a una amable anécdota. Cuando me la dictó, el poeta no se sentía en vena y luchaba trabajosamente contra la forma rebelde.

— Necesito un comburente — me dijo, mientras yo, instalado enfrente de la *Underwood*, esperaba su dictado. Mandemos traer una botella de champaña.

Un negro gigantesco, que le servía de guardaespaldas a Valencia, fue a traer el dorado licor. Y después de esa botella, el poeta mandó traer otra, y otras más. Bajo la influencia del líquido espumante e irisado, las frases fluían de sus labios en períodos amplios y musicales. Solo que a la cuarta copa, el alfabeto de la *Underwood* se me empasteló de una manera alarmante y me vi en calzas prietas para escribir las frases finales.

Siempre he atribuído después a la fugaz exaltación del champaña el famoso apóstrofe que al día siguiente, ante las columnas capitolinas, le arrancó tan estruendosos aplausos a la multitud: “¡Bendita seas, oh Democracia, aunque así nos mates!”.



GUILLERMO VALENCIA. — Retrato pintado por Efraín Martínez (Popayán, octubre de 1940).

Cortesía de la señora Julia Casas de López Narváez.

MOSAICO DE CONCEPTOS SOBRE GUILLERMO VALENCIA

DE JOSÉ J. ORTEGA TORRES:

Seducido, ya por temas clásicos de Grecia y Roma, ya por deslumbradoras fantasías orientales, o por temas de filósofos y escritores europeos, por la indecisión e inestabilidad de su pensamiento poético, por la diversidad de tonos con que matiza el cielo de su espíritu, por la diversidad de acordes con que canta, y que le hace dignificar a su ciudad natal en sonoros hexámetros antiguos o asuntos remotos en pulidos versos parnasianos, es Valencia un poeta pagano o alejandrino, vencido empero por el sentimiento cristiano. Su obra maestra en verso está contenida en el libro *Ritos*, una de las mejores muestras de nuestra literatura. Como traductor, pocos lo igualan en castellano. D'Annunzio, Baudelaire, Graf, Verlaine, Wilde, Stefan George, Eugenio de Castro, Víctor Hugo, Machado de Assis, Olavo Bilac y tantos otros, han sido interpretados por él de modo tan perfecto como admirable, llegando a superarlos a veces.

DE RAFAEL MAYA:

Es cierto que en Valencia asistimos al triunfo de lo estético por encima de lo vital. Evidente que, en su obra, la sensualidad plástica vence a la emoción interior. Indiscutible que su mundo es el de las formas plenas, alegres, graciosas o violentas; que su paleta es decorativa; su instrumento de expresión, la calidad pictórica o escultural de la palabra. Pero hay algo más que eso. Ni la gracia de Wilde, ni la fuerza de Heredia, ni la riqueza de D'Annunzio, explican suficientemente a Valencia. Hay en el poeta de *Ritos* un poder de pensamiento que no siempre asistió a los estetas de fines del siglo pasado. Si en muchas de sus poesías, sobre todo en sus sonetos, no va más allá de la intención artística, en sus grandes poemas avanza hasta el centro mismo de los problemas sociales, estéticos o religiosos. Así la flecha de los combatientes homéricos solía atravesar las siete pieles del escudo, para herir en pleno corazón a los héroes. Es, pues, Valencia, un parnasiano que se refleja en un pensador. El cofre que deposita en nuestras manos, como prenda de su genio, no se halla repleto de arena, como aquel que los prestamistas judíos recibieron del Cid, sino colmado de auténticas riquezas.

DE ANDRÉS HOLGUÍN:

Guillermo Valencia vivió en función de la Belleza. La Belleza fue para él, el orden de todo lo existente; fue, como para el filósofo antiguo, el esplendor del orden. Poseyendo conocimientos universales, alcanzó la noción del Cosmos, en el sentido que los griegos daban a este vocablo. El hombre no fue para él la nota disonante en medio de la naturaleza y entre la música estelar, como lo fuera para Barba Jacob; no fue la parcela de locura o de embriaguez, de delirio o de éxtasis, sino que fue el reflejo mismo del universo, su prolongación y síntesis. Con su propio verso habría podido decirse: en ti se humana el Cosmos.

DE JAVIER ARANGO FERRER:

Valencia visto por críticos extranjeros crece en forma inusitada. Federico de Onís vio en él al más grande de los parnasianos en lengua castellana. Max Daireaux anota en "el gusto de la medida" y en "la preocupación de la forma" los rasgos característicos del poeta "con más calor y pasión" que en Leconte de Lisle. Sus impugnadores colombianos, todos poetas, desde Caro hasta Andrés Holguín con don Lope de Azuero, Céspedes, Maya, Carranza, pretenden darle a la belleza los límites o las especificaciones de su propia estética. La sensibilidad no es en los poetas zona de concesiones lógicas: la crítica no se hizo para ellos. Otra cosa es el alegato generacional de los nuevos valores contra las viejas normas. La crítica es demasiado honorable y modesta para el poeta. Con razón dice Nietzsche que "la dignidad del artista es su incapacidad para la crítica".

DE EDUARDO CARRANZA:

Valencia ha sido sobre todas las cosas el dueño de las palabras; ha ejercido sobre ellas el más imperioso dominio. De él puede decirse como se dijo de Hugo: "Obtiene de las palabras para su pensamiento todo lo que quiere y ellas obtienen de él para su belleza todo lo que desean". Su obra es un alarde permanente de los más felices aciertos verbales; alcanza en este sentido una escalofriante perfección. Adscrito a la concepción aristotélica que considera la poesía como "mimesis", en oposición a la platónica, que la define como embriaguez, en

la obra valenciana alcanza el logro una tiránica preponderancia. Sus versos se deslizan bruñidos y majestuosos con andadura solemne y musical. Re-lampaguean las imágenes y brillan los pensamientos. Un sentido arquitectónico del poema parece presidir todas sus creaciones. Allí todo está melodiosamente enlazado, con algo que recuerda el vuelo sereno de los arcos. Todo invita allí al puro gozo de la mente. Valencia supo asimilar las mejores esencias del romanticismo, del simbolismo y del parnasiano. Y las devolvió en bella sustancia de poesía signadas con su impronta genial. Su formación humanística le dictó los dones clásicos de medida y equilibrio.

DE ALBERTO DUARTE FRENCH:

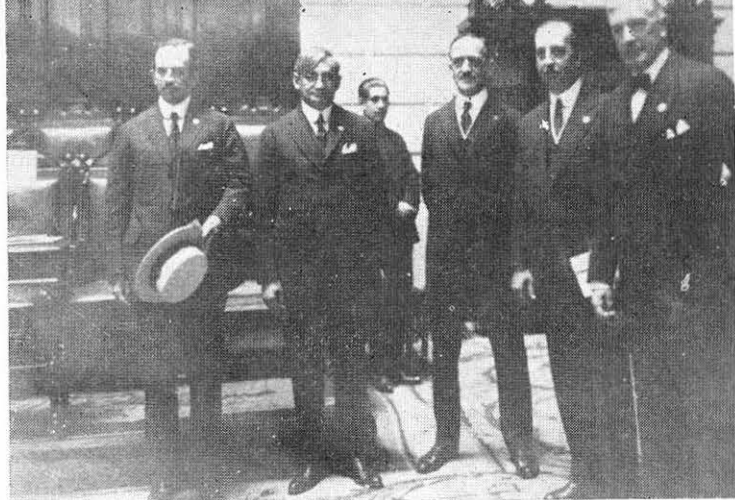
Dueño de una magna inteligencia y de una gran sensibilidad para lo estético, las paseó triunfantes por los campos de la literatura, la poesía, la oratoria, el derecho y la política. Y no obstante que su perenne inquietud lo llevó a trajar tantos caminos, en todos ellos dejó la huella imborrable de su talento. La poesía, de quien fue cultor inspiradísimo, se ciñó a su corazón estrechamente, arrancándole notas que han de quedar vibrando eternamente en el pentagrama de nuestra mejor antología. En defensa de la patria atacada, dejó páginas macizas de contenido jurídico, en cada una de cuyas palabras se siente hervir el amor al solar colombiano. Envuelto en túnica patricia asistió a la arena candente de la política y en defensa de sus ideales, pronunció arengas que nada tienen que envidiar a las que el foro romano escuchara en sus mejores días.

DE ANTONIO GÓMEZ RESTREPO:

Valencia es un poeta objetivo, que rara vez nos dejó penetrar en lo íntimo de su alma, salvo cuando lloró la muerte de su esposa. Se le llamó decadente, y discípulo de Verlaine, pero es más bien un parnasiano, al estilo de Leconte de Lisle, enamorado de la belleza exterior, de la luz fulgurante, de los colores deslumbradores. Por sus poemas cruzan ráfagas de imágenes de una plasticidad asombrosa y los versos tienen el ritmo sonoro, la resonancia metálica de los himnos de triunfo. Pero no todo en la palabra de Valencia tiene este carácter; hay también en ella la nota serena de los poemas simbólicos, el ritmo acariciador de *Cigüeñas blancas* y de *Los camellos*, poemas que obtienen la preferencia entre personas de gusto refinado.

DE CARLOS LÓPEZ NARVÁEZ:

Valencia, arquetipo de una estirpe refinada, el anti-bárbaro en todas las latitudes espirituales y en



GUILLERMO VALENCIA durante la Quinta Conferencia Panamericana de Santiago de Chile, 1923. Con él aparecen el delegado de los Estados Unidos, Fletecher, y el delegado de Guatemala, Cesteros.

todo imperio de estética, surge a las letras latino-americanas para llenar el sitio y dilatar la voz silenciada "del último nacido del viejo Cisne y Leda". A sus cósmicas antenas sincronizadas lo mismo en los fragores eternos que en el movimiento solar de la cultura contemporánea, llegan con igual pureza la onda bíblica que el acento conturbador "de los que pisan el erial humano"; recoge en su retina lo mismo el abatido esplendor del paganismo que el vuelo de las falanges cándidas, los helénicos perfiles que los instantes del crepúsculo, el júbilo civil de todo lo patricio y el paso extasiado del río maternal. Lo mismo le dicen "la medalla del César" que la memorosa esplendidez de las catleas; muy antiguo y muy moderno con Darío; dandysmo condal con Lugones y Herrera Reissig; serenidad y plenitud con Nervo; gloria tropical con Flórez y Chocano; y más que cada uno y todos juntos, la poderosa armonía de su severa cultura.

DE LAUREANO GOMEZ:

Fue un príncipe. Por su vida, por sus actos, por la prestancia de su figura física: alta, apolínea la frente, nimbada como la del dios antiguo, por los cabellos ondulantes; firme la mirada, émula del mármol la tez, finas las manos por donde discurrían los hilos azules de una sangre real. El andar de aristocrática desenvoltura; los ademanes prestigiados con el discreto desmayo de exquisito refinamiento. La voz inolvidable, timbrada, plena de armoniosas modulaciones, aptas para seguir por indefinidos meandros el curso del pensamiento filosófico o las delicadezas sutiles de la más alta poesía.

Fue también príncipe de las letras. Orugas críticas se extenuaron en señalarle escuelas, en asomar

reservas, en producir el inevitable ronquido de los zóilos. Nada de eso queda, desleído, hecho fútil lodo, que lavó sin dejar huella en el solo transcurso de unos días. La obra de Valencia pertenece a la literatura castellana y es nuestro mejor orgullo, porque es sana y es fuerte y perdurable. Es obra clásica, según la asignación de Goethe, cuando dijo: "Llamo clásico lo que es sano y romántico lo que es enfermizo."

DE LUIS EDUARDO NIETO CABALLERO:

Nadie dio como él entre nosotros la sensación de la grandeza. Lo comprendió su pueblo cuando, honor excepcional, le decretó antes de la muerte la estatua. Frente a él, al lado de él, oyéndolo, se veían correr hacia la eternidad las ondas de pensamientos nobles, graciosos o sublimes. Para todo tenía la expresión justa, delicada, generosa, penetrante, que arrancaba de su cultura enorme y de la fuerza armoniosa de su espíritu. Su conversación era música. Y en esa distinción, en esa aristocracia de todo su ser, en la altivez, en la arrogancia de quien no necesitaba de meditaciones para sentirse la superioridad, era un hombre de infinita sencillez, de una cordialidad que borraba las distancias, lejos del pueblo una criatura del pueblo.

DE MANUEL SERRANO BLANCO:

Una de las virtudes intelectuales de que más se precia Valencia es aquella de la medida. Y también de la claridad y la síntesis. Las aprendió en la universidad, en donde aún niño cursó humanidades, al amparo de las enseñanzas clásicas. Y es que en ese mundo antiguo de los viejos escritores encuentra siempre el espíritu aquella sencillez de la medida, de lo diáfano, de lo sobrio. Las figuras van surgiendo con una claridad de líneas, que ya jamás se habrán de esfumar; los episodios de la inevitable comedia humana son los de la propia vida diaria, sin hinchazones ni artificios; todo lo que en sus páginas se dice o se maldice, se loa o se vitupera, se enseña o se describe, tiene un sentido de equilibrio, que va poniendo en quienes aman y frecuentan la lecturas clásicas, como un hábito de dominio y de serenidad. Es aquella misma inclinación de los latinos, que prefirieron siempre la línea recta, contra las pomposidades de las figuras curvas y circulares.

DE ENRIQUE SANTOS (CALIBÁN):

Mi admiración por Valencia no disminuyó ni con los años ni con el conocimiento personal. Al contrario de lo que sucede con muchas celebridades que se evaporan al entrar en contacto con ellas, o

adquieren aspectos antipáticos y hasta repugnantes, la seducción del maestro era aún mayor en la intimidad. Poseía una voz velada incomparable, y su inmenso talento estaba acendrado por una suma tal de conocimientos en todos los ramos del saber, que dejaba pasmados a sus interlocutores. Departir con él sobre cualquier tema era un placer infinito. Tenía un conocimiento exacto de las cosas y los hombres. No le era extraña ninguna actividad. Pasaba de las cuestiones más abstrusas a los problemas locales pequeños, con la misma propiedad.

DE FELIPE ANTONIO MOLINA:

Antes que las palabras dóciles y triviales de las necrologías, Guillermo Valencia requiere el discurso tranquilo y como poseído del sosiego religioso de los crepúsculos. Además, ya poco puede valer para el Maestro el encomio vanidoso de los vocablos. A lo largo de cincuenta años del más perfecto itinerario intelectual, Valencia — como un dios — conoció la dulzura de todas las jaculatorias, el golpe de todos los apóstrofes y el acerbo licor de todas las blasfemias. No en vano hemos querido para él la sentencia que el Gigante de Weimar pone en boca de Phorkyas: "Es verdad que la llama ha desaparecido; mas no por ello hay que compadecer al mundo; basta esto para consagrar a los poetas futuros, para combatir la envidia y las estériles rencillas profesionales. Si no me es dado conferir el talento, al menos puedo prestar el hábito."

DE TOMÁS VARGAS OSORIO:

La revisión de la obra de Guillermo Valencia no implica una negación de su gloria, ante la cual es preciso inclinarse con respeto. Se trata de situar esa obra en el lugar que le corresponda justamente dentro de nuestros valores poéticos. Naturalmente, es imposible pretender que el punto de vista que la crítica moderna tenga sobre aquélla coincida con el punto de vista con que la vieron y estimaron generaciones precedentes. Desde hace treinta años a hoy se han verificado muchas transformaciones substanciales en el mundo de la cultura y del espíritu que han modificado esencialmente los sistemas críticos. De la misma manera que hoy no se interpreta la historia según el sistema de Carlyle, por ejemplo, la poesía no puede contemplarse ahora, ni analizarse, a través del lente de la crítica antigua. Cada época tiene su manera de "ver" propia, es decir, su propio sistema de valoración y estimación. Y la inteligencia tiene que ser fiel — lo es inexorablemente — a ese sistema, a pesar de las pesadumbres que esa fidelidad pueda acarrearle. Na-

die desea discutir la gloria de Guillermo Valencia, que es ya algo así como una categoría histórica inamovible; pero ello no inhibe para analizar, discriminar y discutir su obra, sobre la cual no se ha vertido la mirada de una crítica valorativa que desentrañe — sin pasión y sin temor — el significado que ella pueda tener dentro de la cultura y mida su proyección en el tiempo y en el espacio.

DE TOMÁS MÁRQUEZ:

Valencia ha sido, indiscutiblemente, uno de los caudillos más poderosos de esa transformación. Su mentalidad, exquisitamente constituída por elementos varios y preciosos, tiene un vigor imponderable. Por otra parte, hay en él un sexto sentido — el sexto sentido, casi táctil, que reconocía Taine — para discernir las cosas más sutiles del entendimiento, y el ritmo oculto de cada idea, la pulsación más profunda, el movimiento más fino de cada emoción.

Su influencia artística fue, en todas partes, extensa y fecunda. Nada más natural. A todos tenía que seducir, desde su aparición, la magia sugestiva de aquellas formas, el prestigio indecible de esos versos de pórvido y de mármol.

DE SILVIO VILLEGAS:

En todos los actos de su vida fue el dechado de la gentileza y el alumno de las Gracias. Su además era el de un príncipe. Dón heredado de sus mayores y acendrado en contacto con la belleza eterna. Su vida fue la de un artista orgulloso, y no tuvo momentos de mediocridad ni en presencia de su ayuda de cámara. En él renacía el antiguo sentido caballeresco. Parecía haber contraído el compromiso tácito de no hacer ni de permitir ciertas cosas. En presencia suya era preciso estar siempre como ante un espejo. El Congreso de la República le había decretado una estatua en vida, y en cierta forma lo era. A su lado nos sentíamos como ante el pedestal de los próceres.

DE HERNANDO TÉLLEZ:

No es difícil garantizar la supervivencia del mensaje estético de *Ritos*. De tal supervivencia tenemos ya, por fortuna, una prueba irrecusable y palmaria: escritos y publicados los poemas de ese libro hace más de medio siglo, ni el tiempo, ni las transformaciones o evoluciones del lenguaje poético, de las formas literarias, de las escuelas, del gusto público y de la crítica, han podido desintegrarlos, corroerlos, desvanecer la esencia que atesoran, apagar su fulgor, señalar en su estructura lo que hubiera de circunstancial, episódico o deleznable. Durante medio siglo no han envejecido, no

se ha desvanecido en tales poemas la gracia apolínea que los envuelve y decora como una heráldica yedra, ni el sentimiento fáustico que los anima, ni la espléndida visión alejandrista del mundo que allí se nos ofrece.

DE RENÉ URIBE FERRER:

Anarkos ha sido y sigue siendo, después de sesenta y cinco años, la obra más popular de Valencia. Tal vez la única auténticamente popular. A pesar de que faltan en esta obra muchas de las características de *Ritos*: su rígida selección formal, su concisión expresiva, su esoterismo aristocrático. Es un poema desigual en la forma y en la expresión, en el que no faltan los prosaísmos ni la oratoria. Tiene en cambio algo que vale mucho más: el calor humano, sostenido y trémulo; y el sentido de la desigualdad y la solidaridad social. La pintura de la tragedia del artista y la exortación que la sigue, son tal vez la parte mejor lograda de este largo canto.

DE JUAN LOZANO Y LOZANO:

Guillermo Valencia es un poeta fundamentalmente cristiano. Su credo no tiene, como el de Nervo, mezcla de religiones orientales. Confluyen en su arte como en su vida una fe primordial, inamovible, y una inquietud puramente estética. Quienes catalogaron a Valencia como pagano, no penetraron en la íntima esencia de su poesía. “Querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo”, dijo el poeta en verso maravilloso, que es en realidad una bandera. Pero al escudriñar en la obra de Valencia, se llega a la conclusión de que hay que sentirlo, y verlo, y adivinarlo todo, para después gustar, con más conciencia, la dulzura de las llagas de Cristo.

DE BENIGNO ACOSTA POLO:

En Valencia, el hombre y el poeta se integran en una síntesis de eminentes virtudes. Son paradigma de superación dondequiera que las letras y la ciencia sean cultivadas con encendido amor; son ápice de desvelado patriotismo y guión himaláyico en el ámbito inconfínable de la sensibilidad sofrenada por severas disciplinas clásicas. En su yo multiforme se tornasolan y complementan, en prisma de inmaculadas luces, el esteta y el humanista; el jurisperito con el crítico; el político con el filósofo de la historia al servicio de la patria o de las ideas de sus mayores; el naturalista y el tribuno con el sociólogo; el estadista desprendido y sin tacha con el fuerte respirar del hombre de acción...

EL ESPECTABLE SEÑOR CARO

Revisando papeles del archivo del señor Caro, hemos tropezado con dos documentos, llamémoslos así, que evidencian la relación admirativa que, con respecto a él, tuvo el maestro Guillermo Valencia.

Se trata de una tarjeta de Valencia, escrita de su puño y letra, dirigida a Víctor E. Caro, con la que devuelve las pruebas de su discurso pronunciado en los funerales de don Miguel Antonio, en nombre del Senado de la República, solicitando al mismo tiempo que se le remitan de nuevo para una nueva lectura.

El documento, no por lo pequeño deja de tener valor, ya que permite apreciar hasta qué punto se interesó Valencia por la correcta publicación de esta famosa oración suya, que fue incluida como introducción al tomo VI de las *Obras completas de don Miguel Antonio Caro* (edición oficial dirigida por Víctor E. Caro, Bogotá, Imprenta Nacional, 1932). La tarjeta es la prueba fehaciente de que el texto del discurso, como aparece en el tomo citado, fue corregido y aprobado por Valencia. El otro documento lo constituye una copia de carta de Valencia para Julio y Víctor E. Caro, agradeciendo precisamente el envío de los tomos V y VI de las *Obras* del gran humanista colombiano.

Para ilustración de los lectores, aquí los incluimos. La tarjeta manuscrita de Valencia dice así:

GUILLERMO VALENCIA saluda a Ud. cordialmente; le devuelve las pruebas que se sirvió enviarle y le manifiesta que le agradecería muchísimo se dignara facilitarle la oportunidad de revisarlas nuevamente.

S. C., Xbre. 6, 1932.

La carta de Valencia a los hijos de don Miguel Antonio Caro es del siguiente tenor:

Bogotá, febrero 16 de 1933

Señores

Don Julio y Don Víctor E. Caro,
E. L. C.

Muy respetados y nobles amigos:

Acabo de recibir el admirable obsequio que ustedes se han dignado dedicarme: las obras, hasta ahora publicadas, del espectable señor padre de ustedes, don Miguel Antonio Caro.

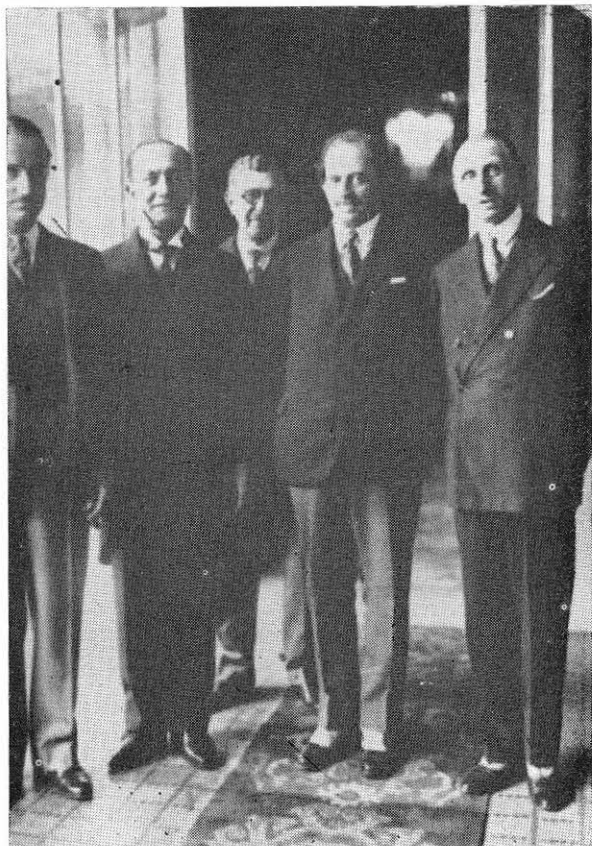
Esa obra cuya lujosísima y esmerada edición es verdaderamente magnífica, tiene a mis ojos el valor de un sin igual presente. En mis ocios de Popayán leí por primera vez los tres tomos publicados antes del V y VI que hoy integran el regalo de ustedes. Ya en la madurez de mi vida he podido apreciar, después de esa lectura,

el amazónico tributo de la ciencia de Caro a la cultura humana. ¡Qué extensión de materias y qué profundidad en los conceptos! Hay momentos en que uno advierte que la sonda de la investigación descansa en el lecho abisal del conocimiento; allí termina la zona de la investigación; no hay más allá...

Este invaluable tesoro con que la generosidad de ustedes me ha brindado, lo guardaré amorosamente con la veneración profunda que me inspira el hombre portentoso que no será reemplazado en muchos centenares de años, y con la gratitud, admiración y cariño que me inspiran sus dignísimos hijos que tanto me honran con su fiel amistad.

Dígnense aceptar, pues, el testimonio muy sincero de mi reconocimiento y de mi afecto.

GUILLERMO VALENCIA.



EL MAESTRO GUILLERMO VALENCIA EN LA QUINTA CONFERENCIA PANAMERICANA DE SANTIAGO DE CHILE, 1923.

VALENCIA EN PARÍS

«Nos encontramos en París, hacia la primavera del 1900 —feliz suceso inicial de este siglo para mí—. Y fue que con Gómez Carrillo, quien me presentó ante el egregio bardo de la verde Irlanda, y con Amado Nervo, Rubén Darío, Manuel Díaz Rodríguez, Ernesto Lajeunesse y Evaristo Rivas Groot, nos congregamos en tenida literaria, privada e intensa. Allí se alternó de historia, de política mundial y —*ça va sans dire*— de la Revolución de las Letras que, bajo los procónsules Gautier, France, Vigny, Verlaine y Banville —para no citar sino astros de primera magnitud en la constelación de Alfa del Centauro—, volcara el viejo templo de la forma poética para modelar con sus ruinas la urna nueva: neoclasicismo, simbolismo, decadentismo, fue la empresa que campeó desde entonces en la bandera flotante al infinito.

Todos hablábamos, comparábamos y criticábamos escuelas y poetas, mirando siempre al trágico Wilde desbordar los oros de su silencio: (“Estaba yo muerto de susto, — tenía Nervo la cara gris, — pero jamás vi a un poeta triste — oír tan intensamente”...)

Al retirarse de esa inolvidable comunión espiritual, cúpome el altísimo honor de acompañar al poeta genial de la nebulosa Albión, para quien él revaluara el concepto universal de congelación desde el punto de mira del arte y del arte en su proyección poética. Por eso Inglaterra, en su envanecida ostentación de severidad y de justicia, mató a su nuevo Hamlet. (“Todos matamos lo que amamos”).

El príncipe de glaciales emotividades decaía ya al peso de marchita obesidad; la serena tristeza de aquella faz de lord aún me hiela... “*La chaire est triste et lasse*”, me decía al descender los recios peldaños de mármol. Y lo que se salvó de la celda número 33 de la cárcel de Reading, yacía a poco en el cementerio del Père Lachaise, “bien envuelto en su manto de llama”.

¿Qué más? Con ademán inimitable y con una sonrisa que “aún me labra” me extendió la noble mano con este libro...».

Así dijo Valencia, y nos mostró el ejemplar de la balada inmortal con esta leyenda autógrafa:

To Mr. William Valentia — Oscar Wilde.

Los párrafos anteriores, en que Guillermo Valencia evoca la época de su residencia en París, pertenecen al artículo de Manuel Paz Urrutia titulado *Wilde y Valencia* y publicado en la revista *Humanidad*, de Popayán, número 21, octubre de 1955, pág. 65.

Sobre la misma época y acerca de las tenidas literarias a que se hace referencia en el artículo citado, tenemos el testimonio de uno de los contertulios allí mencionados, Evaristo Rivas Groot, quien era cónsul de Colombia en París durante el tiempo en que Valencia desempeñó el cargo de secretario de nuestra legación en Francia. En efecto, Evaristo Rivas, en carta dirigida a Guillermo Camacho Carrizosa, publicada en *La Crónica*, de Bogotá, el miércoles 19 de noviembre de 1919, relata algunos episodios vividos, en unión del Maestro Valencia, en la Ciudad Luz, y manifiesta su particular admiración hacia José Asunción Silva, compartida por su “compañero” Valencia. De tales reminiscencias transcribimos el siguiente aparte relacionado precisamente con las tertulias en que Valencia departió con Wilde y Darío, entre otros. Dice así “el oso” Rivas en su carta a Camacho Carrizosa:

Querido Guillermo:

... Era en París y en 1900, año de la gran Exposición nacional. Se creería que se hubieran dado cita allí todas las grandes notabilidades del mundo, y muy en especial los grandes artistas y escritores. En esa metrópoli, tú lo sabes, los que tienen afinidades de gustos, de ideas y hablan la misma lengua, se buscan y acaban por encontrarse, formando pequeñas colonias, que se reúnen sin cita ni acuerdo previo en determinados cafés; los españoles, sudamericanos y algunos jóvenes escritores franceses se reunían en “Calisaya”, pequeño café del bulevar de los italianos. Allí pasaban gran parte del día y toda la noche: Rubén Darío, Oscar Wilde, Lajeunesse, Gómez Carrillo, Lorrain, Moréas, Méndez, etc. Debo confesar-te que siempre que concurrí a dicha reunión fue por complacer a mi compañero el poeta Valencia, pues pronto me convencí de que era el tiempo y el dinero peor empleados los que se gastaban en compañía de tan ilustres personajes. Recuerdo que al salir le dije a mi compañero: ¡No me vuelva usted a traer donde sus queridos poetas! Qué inferiores son todos ellos a Silva. Saber que Bogotá ha producido la más bella flor de cultura de su época, es lo único que he sacado del trato y conocimiento de estos hombres. ¿Estamos de acuerdo, Valencia?

Y el poeta asentía con legítimo orgullo.